

EDICIONES BISTAGNE

HARRY FRANK
DITA PARLO

M
E
R
C
A
D
O
D
E
M
U
J
E
R
E
S



MERCADO DE MUJERES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

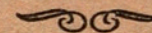
Mercado de mujeres

Emocionante cinedrama basado en la trata de blancas

Dirigido por
JAAP SPEYER

Es un film HEGEWAL

Exclusiva de
SONORO FILM



Concesionarios para Cataluña, Aragón y Baleares

FEBRER Y BLAY

Rambla de Cataluña, 118
BARCELONA

Argumento narrado por Alfonso Martínez Rizo

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

INTERPRETES PRINCIPALES:

Dita Parlo
Harry Frank
etc.

Mercado de mujeres

ARGUMENTO DE LA PELICULA

TRISTE HOGAR

¡Presentemos al lector un triste hogar!

En él se nota una terrible penuria de energías. Es como el trasunto de todas las debilidades. La lucha terrible que es la vida, en este hogar no es lucha por falta de fuerzas que puedan actuar. La civilización moderna, aunque pretende enorgullecerse por la justicia de los derechos que ha concedido a la mujer, la deja realmente en una gran indefensión.

Las costumbres han transigido ya con que la mujer trabaje. Ya no es deshonoroso que se gane la vida. Antes lo era por cierto absurdo prejuicio y porque únicamente estaban a su alcance profesiones indignas relacionadas con su sexualidad, o vender su cuerpo o mostrar su belleza y gracia femenina sobre el tablado.

Ya hay mil profesiones al alcance de la mujer... Pero la retribución de su trabajo es tan sórdida

que constituye una verdadera infamia. Puede la desdichada que se vea precisada a ganar su vida a coser en su casa, fabricar ligas, forrar pieles, confeccionar pantallas, bordar, calar, hacer camisas, calzoncillos, chalecos... Tiene a su alcance incontables actividades para las que reúne grandes aptitudes, oficios que siempre han sido de mujer y que le permiten trabajar en casa. Pero sobre la pesada faena del acarreo, tras de consagrar a dicho trabajo incontables horas, solamente alcanza una retribución tan miserable que no le permite satisfacer las necesidades más apremiantes.

Otras profesiones propias de su sexo, sobre ser envilecedoras por sus puntos de contacto con la antigua y, si semidesaparecida, sólo transformada, esclavitud, como el servicio doméstico, únicamente permiten a la criada ahorrar pequeñas miserias tras de consagrar a fregar platos, barrer, lavar, cocinar y demás menesteres los más hermosos años de su juventud, ahorrar ínfimas miserias que constituyen una vil justipreciación de una vida naciente sacrificada a la comodidad de sus señores.

También hay profesiones que antes eran ejercidas por hombres y en las que ha sido admitida la mujer y hasta, en algunas de ellas, preferida. Tal ocurre con la mecanografía, con la dependencia de determinados establecimientos y con el cobro en las tiendas tras de la caja registradora...

La mujer, en tales oficios, tiene que abandonar el hogar, ajustarse a un horario y transformar su vida, igualándola en muchos puntos a la varonil. Para ser mecanógrafa, hasta se le exige ortografía, exigencia máxima para el sexo femenino. La dependienta ha de saber vender, conversar, cotizar su simpatía personal en beneficio de la venta, del dueño. La cajera ha de conocer la moneda y poner un cuidado meticoloso en sus operaciones...

De todos modos, se trata de una verdadera conquista femenina que independientiza hasta cierto punto a la mujer... Pero, ¿cuál es la retribución correspondiente a estos trabajos? En general, ganan las mujeres una semana o un sueldo inferior a la mitad del que ganan los hombres cuando desempeñan funciones análogas. Y, sin embargo, el trabajo femenino es generalmente

tan bueno como el masculino, cuando no es mejor, y las fatigas experimentadas por las trabajadoras, dada su débil complexión, mayores que la de los trabajadores, demostrando este hecho una vil explotación de la mujer en general, fundamentada exclusivamente en su debilidad y en la abundancia de la oferta.

Abundancia de la oferta que representa la tragedia de incontables mujeres que desearían, que necesitarían ganarse la vida en esta forma y no pueden hacerlo.

También en la industria ha sido acogida la mujer como obrera. Hay industrias en las que es la mujer el elemento principal, tales como el hilado, el tejido, los géneros de punto, la perfumería...

Y la mujer, este ser delicado, antaño idealizado por el hombre, ha sido vilmente convertida en la obrera, en "el chinche de fábrica", en el autómata que se pasa horas eternas de pie, anudando tenuamente los hilos que se rompen, o envolviendo ágilmente pastillas de jabón...

No hace mucho que tales obreras trabajaban ¡doce horas al día! La legislación social ha establecido ya

el límite general de ocho horas, pero las retribuciones son ínfimas y existe la irritante desigualdad que resalta como un baldón para la civilización actual en todas las estadísticas oficiales, de que el jornal de la mujer, en todas las industrias, es siempre inferior a la mitad del que ganan los hombres, sea en el mismo trabajo, sea en otro distinto, para las mismas ocho horas de labor.

Y en las industrias también existe el exceso de oferta y, como consecuencia, el paro forzoso, que mantiene en una inmovilidad traducible en miseria a incontables mujeres...

Cuando la mujer forma parte de una familia en la que existen varones, si trabaja constituye sencillamente una ayuda. En una familia numerosa de trabajadores de ambos sexos, la garra feroz del paro forzoso ocasiona dolorosas heridas, pero la mutualidad de esfuerzos hace que, aunque padezcan privaciones, puedan ir tirando, ya que siempre hay alguno o alguna que trabaja y puede repartirse la pequeña retribución para poder subsistir todos, siquiera sea de la manera más elemental y restringida.

Pero las dificultades se acrecientan hasta tomar proporciones de catástrofe cuando se trata de una mujer aislada o de una familia compuesta exclusivamente por algunas mujeres.

Este es el caso del triste hogar que queremos presentar al lector, en el que la sociedad deja en la indefensión más horrosa a seres débiles y buenos por el nefando crimen de pertenecer al sexo débil y carecer de varón que los proteja con los más eficaces medios de defensa que dicha sociedad ha dejado preferentemente en poder del sexo fuerte.

Es una pobre mujer de avanzada edad que vive con su hija. Se trata de dos débiles mujeres sobre las que pesa como losa de plomo el maleficio de una rancia educación, los prejuicios inculcados en la infancia, motivos de debilidad hereditarios y congénitos que dificultan más y más el que puedan salir adelante.

Su posición no había sido mala. Tal vez era la señora anciana viuda de un funcionario, de un profesor, de un artista, cuyos emolumentos permitieron a aquella familia llevar una vida desahogada. La hija,

que en los momentos en que la presentamos al lector es una arrogante joven en la plenitud de la juventud y la belleza, fué educada como niña mimada y todos sus deseos fueron satisfechos. Por ello adora ella a su anciana madre que siempre se desvivió por complacer sus más nimios caprichos. Fué al colegio, donde estudió lo más elemental, según la educación que se acostumbra dar hace unos cuatro lustros a las señoritas distinguidas. Lectura y escritura, nociones de matemáticas elementales, de geografía y de historia, algo de idiomas y, sobre todo, adornos, labores, música, pintura...

Cierto día fué puesta solemnemente de largo. Ya era una mujer y fué celebrado un baile en su honor. ¡Recuerdos gratos capaces de llenar toda una vida!

Pero llegó la catástrofe. El padre, único que ganaba, murió inesperadamente, sin dejar casi nada. Desaparecido su sueldo, aquellas dos mujeres se vieron precisadas a buscar ingresos que les permitieran, ya que no conservar su antiguo y relativo esplendor, por lo menos, vivir, pagar el alquiler, comer sobriamente...

Y se encontraron con que era difícilísimo lograrlo y salir adelante.

La educación que había recibido la joven, la única que se encontraba en condiciones de poder trabajar y ganar, no había sido enfocada ciertamente hacia la producción. Desde luego, quedaba descartada la posibilidad de trabajar como obrera en una fábrica, porque la educación recibida repugnaba tal trabajo y la posición social de obrera. Entre trabajadoras se hubiera encontrado la joven desplazada, fuera de su centro, incapaz de comprender a sus compañeras y de ser comprendida por ellas que, seguramente, la hubieran hecho objeto de toda clase de burlas. ¿Cómo habituarse a vestir como las obreras, a hablar con ellas en su rudo lenguaje, a olvidar radicalmente su antigua condición de "señorita", a enterrar sus recuerdos del baile con el que fué celebrada su entrada en los salones, aunque no se tratase de los salones de la aristocracia, sino de los de la modesta burguesía del "quiero y no puedo"?

Intentó trabajar en su casa en labores de aguja y tropezó con la dificultad de que sus conocimientos

eran casi puramente deportivos y muy diferentes que los característicos del profesionalismo. Una cosa es saber bordarse un pañuelo o una sábana o arreglarse un traje que ya se va pasando de moda, y otra muy distinta trabajar industrialmente a destajo produciendo mucho en faena agotadora para cobrar una retribución miserable.

La única solución que vislumbraba la joven era la de encontrar un destino de dependienta o de cajera, aunque tropezaría también con los inconvenientes de su falta de preparación. Pero también tropezaba con los excesos de la oferta, demostrados por la depreciación de tal trabajo, en el que, naturalmente, eran preferidas las ya especializadas que podían presentar referencias.

Aquella casa, llena exclusivamente de esperanzas y de buenos deseos, pero vacía en absoluto de realidades, constituía como el foco de toda debilidad e impotencia ante la apremiante necesidad de subsistir. La anciana madre demasiado hacía ocultando sus penas y sus achaques para no afligir a su hija y ésta se movía febrilmente en busca de una colocación sin encontrarla.

Para ir mal comiendo y poder atender a las necesidades más apremiantes, se recurrió lógicamente a una única fuente de ingresos que se presentaba posible ante sus ojos. A ir malvendiendo los restos del antiguo esplendor. Los muebles de algún valor fueron saliendo camino de la casa del chamarilero. Las joyas modestas propias de la clase media, fueron siendo empeñadas en espera de mejores tiempos. También emigraron a la casa de empeño las sábanas de hilo, el antiguo ajuar, tan querido de la anciana madre. La pobre vieja, impregnada su vida de recuerdos correspondientes a tiempos mejores, sentía dolores horribles al ver como iba deshaciéndose poco a poco aquel hogar y como iban agotándose rápidamente aquellos recursos que tan doloroso le era emplear.

La hija se pasaba el día en la calle buscando inútilmente trabajo, y la madre se desesperaba en la soledad de aquel hogar, antes lleno de placenteras sonrisas y entonces deshecho trágicamente.

Una mañana, la hija, Inge, que como buena alemana no perdía nunca la esperanza, confiada en la fuerza invencible de la persistencia y

el tesón, tras de saludar a su madre en un saludo impregnado por ambas de tristeza y de fingidas esperanzas, desplegó el periódico que recibían gratuitamente a título de propaganda, con las mismas ansias que todas las mañanas, dispuesta a ofrecerse para cuantas colocaciones se anunciaban, recomenzando la faena cotidiana de solicitar ocupación, heroica ante los desengaños de todos los días.

Era su ocupación sistemática desde hacía mucho tiempo. Cada mañana leía la sección de pequeños anuncios que constituían como una bolsa de trabajo y luego se pasaba el día recorriendo los establecimientos que solicitaban empleadas.

Hasta entonces había sido inútil en absoluto su empeño. A unos sitios llegaba tarde y le decían que ya estaba cubierta la plaza. En otros le ofrecían algo absolutamente inaceptable. Algunas veces parecía llegar a tiempo, pero le preguntaban dónde había trabajado antes. Hasta en algunas partes se quedaron con su dirección y ofrecieron escribirla en el caso de que fuese ella la elegida...

Faena ingrata la de buscar colocación, a la que hay todos los días

entregadas incontables mujeres en situación más o menos parecida a la de Inge. Heroicidad maravillosa la de estas mujeres a prueba de desengaños, persistentes con voluntad invencible.

Aquel día leyó Inge un anuncio que decía que se necesitaban bailarinas y ofrecían tentadoras perspectivas...

¿Bailarina? ¿Por qué no? Ella había aprendido los bailes de la buena sociedad y tenía fama entre sus amigas y sus amigos de bailar bastante bien. Además, en el anuncio se especificaba que no eran indispensables conocimientos previos, sino únicamente aptitudes. Se trataba de encontrar muchachas jóvenes y aptas que serían enseñadas y contratadas ventajosamente... Únicamente los prejuicios sociales... ¡Una señorita conocida en cierta esfera social dedicarse a bailar ante el público! Pero los tiempos actuales no son los antiguos y aquella muchacha, aunque había recibido la educación correspondiente a la clase media, tenía un concepto más amplio de la vida. Y, sobre todo, se sentía capaz de los mayores sacrificios para poder atender debida-

mente a las necesidades de su anciana y amantísima madre.

Pero el obstáculo estaba en ésta que, menos moderna que ella, se opondría irreduciblemente a que su hija se convirtiese en bailarina.

Y, sin embargo, el baile era una de las bellas artes, con su música y todo en el Parnaso. Antes era mirado también despectivamente el arte escénico, otra de las bellas artes, y ya eran consideradas las actrices con el mayor respeto, no sólo como mujeres que se ganaban honradamente la vida, sino hasta como artistas geniales, cuando sabían enaltecer su profesión con el sople divino...

También había artistas de la danza que eran consideradas como geniales y tenían reputación mundial. Si bien algunas de ellas tenían una vida privada sospechosa, otras tenían fama de mujeres honradísimas y eran consideradas en todos los medios sociales... Inge separaba radicalmente la profesión y la conducta. La primera no tenía nada en sí de deshonrosa y la segunda dependía exclusivamente del temperamento y de la voluntad. ¿Pero cómo convencer a su madre?

De todos modos, ella lo intenta-

ría. Tal vez se tratase de la única solución, ya que, según el anuncio, no hacía falta precedentes y se trataba tan sólo de tener buena presencia.

Inge salió de su casa decidida a dirigirse a la Academia que solicitaba bailarinas. Nada le costaba enterarse y tiempo le quedaba para

pensar en las dificultades nacidas del criterio de su madre. ¡Pero le sería tan grato encontrar para ésta el bienestar, por encima de sus preocupaciones rancias!

Y tampoco dejaba de complacerle la idea de llegar a ser una gran artista, para lo que, inmodestamente, sentía sospechas de servir.

EN UN ROTATIVO DE BERLIN

¡Labor mágica la del periodista que transforma la mera y efímera noticia en elemento vital de interés y actualidad!

¡Hombres que han consagrado su vida a la importantísima función social de informar a los demás hombres de cuanto pasa en el mundo, para que la vida social de relación pueda adquirir los caracteres de grandiosidad y de universalidad que hoy tiene!

Pero el periodista no se limita a investigar y a escribir difundiendo la noticia, sino que ejerce una verdadera función sacerdotal.

Si en la escuela se lee, se estudia y se aprende en el libro, en la vida se lee, se estudia y se aprende en el periódico, siendo pedagógica la misión del periodista.

El escritor de las hojas volanderas cotidianas es un pedagogo social y la prensa resulta la institu-

ción moderna más importante por su eficacia decisiva.

Pero no sólo actúa el periodista orientando a las masas y difundiendo entre ellas las buenas tendencias—cuando no difunde las malas convirtiéndose en algo nefasto—sino que también contribuye a evitar el mal facilitando con sus informaciones eficaces elementos de lucha a quienes tienen la misión de combatirlo.

Así, el periodista, sobre ser un educador, es un fiscal que señala ante el supremo tribunal de la opinión pública cuanto tiene necesidad de ser corregido y el reportero se transforma en policía, pero no en policía oficial al servicio de la autoridad, sino en policía libre, ayuno de toda delegación autoritaria, al servicio de la pública conciencia.

Las autoridades, a veces, ante la apremiante necesidad de ponerse de acuerdo con la pública opinión, utilizan la labor del periodista, que viene a ser una de las piezas más importantes del complejísimo mecanismo de la vida social moderna.

Presentemos al lector una redacción de un rotativo moderno de la capital de Alemania.

Esta redacción es el mágico taller en el que se forja el periódico actual. No tiene la espectacularidad de las redacciones clásicas, con una mesa inmensa en la que trabajan incontables escritores. Aquello ya pasó, como lo de otras típicas redacciones madrileñas en las que se pasaba el tiempo en una eterna partida de tresillo... Ahora los periódicos modernos son redactados en la calle, que es donde se encuentra la materia prima indispensable para su confección: la noticia. Los artículos doctrinales que antaño eran lo fundamental del periódico, han perdido hoy casi toda su importancia ante la información, que es lo esencial en la prensa moderna. Sucede igual que en la pintura. Antigualmente pintaban en su taller los pintores fantásticos paisajes o arbitrarias marinas sacadas exclusivamente de su imaginación, mientras que ahora ya impera el verismo que hace buscar el paisaje para contemplarlo y copiarlo a través del temperamento del artista.

En los grandes rotativos modernos, los artículos doctrinales son obra de colaboradores que trabajan en su casa, sin que sea para nada necesaria su presencia en la redac-

ción. Lo esencial de las nuevas publicaciones es la información y todos los redactores corren a su caza, desparramados por toda la gran ciudad. Quien descubre algo interesante lo transmite inmediatamente al redactor jefe o al periodista de guardia que unifica en la redacción los esfuerzos desperdigados de todos, e inmediatamente interviene la especificación. Los redactores especiales, capacitados precisamente para el caso, son rápidamente avisados y puestos en acción. Porque los periodistas modernos, trasladado a la calle su laboratorio, permanecen en contacto continuo con la redacción, que sabe en cada momento a dónde se les puede avisar.

Así es que la redacción es un lugar apacible y casi solitario en el que solamente se encuentran el periodista de guardia y algunos taquígrafos que reciben telefónicamente las informaciones, y algún otro periodista encargado de darles forma definitiva antes de enviarlas a la linotipia.

Solamente a la hora del cierre se anima la redacción con la afluencia de todas las abejas de aquella colmena que aportan la miel de sus

trabajos de última hora, preparando una hoja que ha de reflejar la actualidad palpitante en los últimos momentos, antes de que la rotativa realice el milagro de imprimir varios millares de números por hora, para que transcurra el menor tiempo posible entre el cierre y la aparición a la luz pública...

Así es que vemos la redacción casi solitaria y en ella un periodista que ha acudido a consultar con el redactor jefe un caso que reputa sumamente interesante y urgente.

Este periodista es un muchacho joven y arrogante, con compleción hercúlea y formas apolíneas. Es el tipo del joven moderno hecho fuerte en los deportes, en la práctica del desnudismo en la playa, en los baños de sol, en el esquiaje sobre la nieve, en la gimnasia y tal vez también en el motorismo y la aviación.

En su rostro de bellas líneas hay algo de niño mezclado con el gesto reflexivo del hombre que tiene que cumplir una misión de cuya trascendental importancia se encuentra convencido.

Habla con el redactor jefe, que le quita importancia a sus palabras. Es natural. El redactor jefe no vi-

ve el ambiente de la calle, si no es a través de las informaciones que llegan por teléfono como cascotes sueltos e inconexos que han de servir para levantar el edificio cotidiano de la publicación, mientras que nuestro redactor, cuyas hazañas hemos de seguir, vive y vibra con los sucesos que investiga en carne viva, y tiene de las cosas una visión impregnada de verdad.

Se trata de algo importantísimo que él desearía investigar, ya que ha podido coger los cabos que indudablemente pueden conducirlo hasta informaciones que tienen lo que para el periodista constituye la suprema belleza: interés.

Se trata de una lepra de la sociedad actual que constituye una obsesión para todo el mundo y que la prensa debe investigar si quiere llenar cumplidamente su misión: la trata de blancas.

Esta miseria, hija de la codicia, hace diariamente incontables víctimas entre la más bella mitad del género humano, buscando cuidadosamente la belleza para sumirla en el ludibrio. Se trata de una úlcera que es indispensable descubrir al sol del conocimiento general para que sus rayos la cicatricen y la cu-

ren. La prensa tiene el deber de sacar de las tinieblas en las que se esconden los miserables, este negocio indigno y canalla, para hacerlo imposible y salvar a tantas víctimas como se encuentran en cada momento propicias a caer. Los grandes rotativos deben cooperar a destruir los falaces engaños de que se valen los tratantes para cautivar sus víctimas, valiéndose precisamente de su inocencia para hacerlas caer en los insondables abismos de la prostitución.

Todas estas razones eran alegadas por el joven periodista ante el redactor jefe encareciendo la conveniencia de emprender un viaje a América, a donde son generalmente enviadas las incautas que se dejan engatusar por los incontables agentes de conciencia negra. Precisamente le infundían sospechas vehementes los manejos de las academias de baile que contrataban bailarinas para el otro lado del Atlántico, y su información terminaba bruscamente al embarcar... Si se le permitiera ir allá, seguramente lograría desenmascarar a los infames traficantes y lograría una información de altísimo interés...

El redactor jefe no se dejaba vencer por los argumentos del reportero, aunque le ofreció transmitir sus sugerencias al director, que era, en último término, quien podía decidir.

LA ACADEMIA DE BAILE

Inge acudió al reclamo. El anuncio aquel solicitando bailarinas le obsesionaba presentándole aparentemente la única esperanza de colocarse para poder ganar lo necesario para atender a los ancianos años de su madre.

En esta academia de baile hay un saloncito coquetón en el que continuamente se ensayan en bailes de conjunto, vestidas con maillots, unas cuantas jóvenes todas ellas guapas y perfectamente formadas, mientras toca el piano y las alecciona en ausencia de la directora un desdichado que ejerce las múltiples funciones de pianista, profesor de baile y hasta de criado, si es preciso.

La directora es una mujer guapa y resuelta, en cuya mirada se adviene energías indomables. ¿Es española o americana? Difícil es de averiguar, ya que parece que ha vivido en todos los climas y que habla bastante bien el alemán. En Berlín interesa poco su nombre y se limita a ser "la señora directora". En la Argentina es conocida por el sobrenombre de "Chiquita".

Las señoritas alumnas son jóvenes incautas que acudieron antes como se encontraba dispuesta a acudir la joven Inge, solicitadas por un reclamo periodístico que les ofrecía enseñanza gratuita primero y después una brillante contrata en un

lejano país extranjero. Seguramente ninguna de ellas había nacido para bailarina, pero los tiempos estaban tan malos y era tan difícil encontrar manera honrada de ganarse la vida, que todas ellas habían accedido a correr aquella aventura en la que parecía que la honradez quedaba a salvo, ya que cada una de ellas podía defenderse contra posibles tentaciones propicias en aquella profesión. Seguramente todas eran como Inge, señoritas venidas a menos por la muerte del jefe de la familia o por la horrible crisis económica, muchachitas inexpertas de la gris y borrosa clase media tan castigada por las circunstancias.

Ausente la directora, ensayaban bajo la dirección del músico sus danzas anhelando que el aprendizaje terminase pronto para poder partir al remoto país para donde serían contratadas, ganando una bonita retribución que les permitiría regresar tras de una ausencia relativamente breve, trayendo los dineros ganados con su trabajo y ahorrados con su frugalidad para poder atender a las necesidades de sus casas, desempeñar las joyas y los muebles, rehacer la vida familiar de los suyos...

Entró en el saloncito la directora y fué interrumpido un momento el ensayo. El músico, como herido por el rayo, se quedó instantáneamente dormido sobre las teclas del piano. ¡Era tan agotador su trabajo!

Cuando fué notado su sueño, el ama se indignó y las jóvenes rieron de buena gana, aunque aquel caso se daba a cada instante, en lo que consistía precisamente su gracia. En aquel momento llamaron a la puerta. Era Inge que acudía a informarse atraída por el anuncio que publicaba el periódico.

Salió la directora a recibirla, haciéndolo con amables palabras e infundiéndole dulces esperanzas. Se trataba de un trabajo muy decente y en tierras muy lejanas, de manera que nada perdería su prestigio social. No hacía falta saber ni estar especializada, ya que en su academia se le adiestraría en los bailes. Lo único fundamental lo poseía: belleza.

Y su belleza, según le manifestó aduladora "Chiquita", era verdaderamente espléndida. Era lo que solicitaban los espectadores: que las bailarinas fuesen guapas, que estuviesen bien formadas. ¡Pobres hom-

bres que se satisfacían en sus degenerados y lujuriosos instintos con la contemplación de las formas de las bailarinas!

Claro es que algunos de aquellos sátiros, entusiasmados por la espléndida belleza de las bailarinas, las solicitaban, pero cada una podía hacer lo que quisiese, aunque ella les aconsejaba que no se dejaran seducir por ofrecimientos de tal especie, siéndoles posible ganar honradamente su vida con su arte.

En unas cuantas semanas, si no era muy torpe, la pondría al corriente, y luego marcharía con ella y con las otras bailarinas a Buenos Aires, desde donde le solicitaban grupos de conjunto que serían contratados en excelentes condiciones.

Ella, naturalmente, aspiraba a una legítima ganancia, consistiendo en ello su negocio. Les daba gratuitamente la enseñanza y les costearía los gastos del viaje, cobrando ella del empresario lo que con él tenía estipulado y pagándole a cada una la cantidad que convendría, reservándose su parte en las utilidades. Cada bailarina cobraría semanalmente cincuenta pesos, corriendo de cuenta de la empresa el alojamiento y la manutención, de mane-

ra que en el transcurso de algunos meses podrían ahorrar una suma decentita, con la que podrían regresar si querían, o continuar su contrato con ella, o buscar otro más ventajoso, una vez ya lanzadas y conocidos sus méritos.

Las condiciones no podían ser más liberales, aunque en ellas fundamentaba un negocio semejante al de los músicos que se comprometen a adiestrar a un tenor cobrando luego una parte de sus contratas durante cierto tiempo. Ella era una empresaria que, al mismo tiempo que realizaba su negocio, facilitaba a muchas muchachas resolver su difícil situación.

Pero sería indispensable la firma en el contrato de sus padres, pues ella quería tener los papeles en debida forma, ya que se trataba de algo muy serio y formal.

Entretanto, las otras alumnas, cansadas de tanto ensayar y de la imbecilidad del pianista, armaban un alboroto tremendo que escandalizaba a la directora y la obligaba a acudir a poner orden. Pero, para que tal escándalo no atemorizara a la incauta que trataba de catequizar, le manifestó hipócritamente:

—Dispéñeme un momento para

que vaya a imponer un poco de silencio. Son las alumnas que, pobres chicas, están locas de contento ante la perspectiva del viaje y del contrato. En seguida vuelvo.

Se quedó sola Inge y, al poco, vio a otra de las alumnas que entró en la habitación. Era una rubia espléndida de aventajada estatura, cara de delicadísimas facciones y cuerpo bien formado.

—¿Vienes tú también?—le preguntó a Inge con la familiaridad habitual en los medios artísticos.

—Yo bien quisiera—contestó la aspirante—, pero creo que me será imposible, porque no accederá a ello mi mamá.

—Haz como yo—le respondió la rubia—. Presenté a mi padre el contrato para que lo firmara, diciéndole que se trataba de una autorización para aprender idiomas.

Salió Inge de allí creyendo vislumbrar el paraíso. Pensando que

allí se encontraba la tabla de salvación en su situación angustiosa, convencida por las astutas palabras de "Chiquita". Ilusionada ante la posibilidad de ser enseñada a bailar en poco tiempo, partir luego contratada para Buenos Aires, y cobrar cada semana cincuenta pesos, de los que gastaría muy poco, asegurada la manutención y el alojamiento por la directora, pudiendo ahorrar en cuatro o seis meses una suma que le permitiría regresar junto a su madre y vivir a su lado una temporada muy larga. Después podría hacer cada año una corta excursión, si no convencía a su madre para que la acompañase a América...

Le parecía imposible convencerla, pero siempre le quedaba el medio de engañarla, aunque le repugnase mucho. Pero se trataba de algo que se presentaba con apremiante imposición, como caso de vida o muerte, y era indispensable resolución y energía...

PARTIDA PARA AMERICA

Inge se dejó prender en la red tan bien tendida por "Chiquita". Aquella lagartona había encontrado un negocio sencillísimo y seguro.

Había incontables mujeres bonitas propicias a dejarse engañar por sus tentadores ofrecimientos y que en América serían altamente cotizadas por los rudos gauchos de las Pampas. Ella estaba metida de lleno en las tramas tenebrosas de los tratantes en carne de mujer y, llevándose allí a las incautas palomas con la excusa de la contrata, sabría venderlas a alto precio realizando pingües ganancias.

Inge se dejó engañar confiada en la rectitud de la propia conciencia y convencida de que, mientras ella se conservase pura, nadie la podría

obligar a realizar nada reprochable. Es que ignoraba la barbarie de las extensas y semidesiertas praderas en las que el ser aislado se encontraba a merced de cualquier mal intencionado. Educada en una gran capital ultracivilizada, era incapaz de sospechar que existen grandes territorios en los que no rige el imperio de la ley y en los que el débil sucumbe fatalmente ante el fuerte.

Así es que Inge, engañada por el cantar de la sirena, le presentó a su madre el contrato solicitando su firma y dándole una excusa cualquiera que la buena vieja creyó a pies juntillas, incapaz de sospechar en su hija ninguna doblez.

Y luego asistió a la academia de

baile, ensayando en horas interminables los bailes de conjunto, vistiéndose como sus compañeras el mai-lot y levantando las piernas a compás, sosteniéndose sobre la punta de un pie, ondulando las caderas y procurando ajustarse rítmicamente a la música, de manera que resultase un conjunto armónico por la simultaneidad de los movimientos de todas las artistas.

Se les hacía trabajar hasta llegar el cansancio y el músico aquel risible, aunque tuviese un buen fondo, era para ellas una cataplasma obsesionante.

En ocasiones,, agotadas por los largos ensayos, llegaron a plantear la huelga, que no podemos calificar de brazos caídos, aunque los brazos cooperaran tanto como las piernas en los movimientos y ejercicios de sus bailes, causando la desesperación del musicastro, pero interviniendo rápidamente "Chiquita" con energía que la presentaba ante sus discípulas como una domadora ante la que era imprescindible sucumbir. Ella tenía su contrato firmado y las jóvenes tendrían a su vez que hacer honor a sus firmas y a las de sus padres.

En aquella temporada, oscilando

los ánimos entre las ilusiones y esperanzas y el cansancio de la faena agotadora, las alumnas seleccionaron sus mutuas amistades, acoplándose según sus diferentes temperamentos y sus gustos. Inge trabó una firme amistad con aquella rubia alta y escultural con quien había hablado el primer día que se presentó en la academia. Y no congeniaron precisamente por la similitud de sus caracteres, sino, precisamente, por el antagonismo de éstos.

Tan antagónicos como los caracteres eran los tipos de ambas.

Inge era morena y su belleza era muy moderna, nacida más de la expresión que de las líneas, mientras que su amiga era rubia y su belleza clásica recordaba a una estatua griega de Diana.

Inge era un carácter dúctil y maleable que sabía adaptarse a todas las circunstancias con la mirada fija en la finalidad última que se había propuesto. En cambio, su amiga, era un carácter impulsivo dotado de escasa reflexión, muy fácil de ser víctima del engaño, dada su excesiva buena fe, pero dotada de una invencible confianza en sí misma que le hacía desdeñar todos los accidentes del camino. Ella no miraba cons-

tantemente a un fin determinado, como Inge, tal vez porque su exceso de confianza en sí misma le hacía despreciarlo todo segura de que no había nada capaz de hacerla claudicar.

Entretanto, "Chiquita" se frotaba las manos satisfecha. Aquel viaje constituiría uno de los mejores negocios de su vida, pues llevaría a la Argentina ocho mujeres espléndidas. Además, mientras llegase la ocasión de vender sus cuerpos, las explotaría como bailarinas, porque esa era otra de las modalidades de su industria que, sobre servir eficazmente de pantalla, le permitía la exhibición de la mercancía en busca de postores y le ayudaría a cubrir los gastos. Por eso las clases de baile eran tan apremiantes y cansaba tanto a sus discípulas.

No era lo más difícil hacerlas bailar bien. Lo que le costaba más trabajo era el lograr que sus movimientos, gestos y actitudes fuesen descocados e incitantes. Se trataba de burguesitas virtuosas y decentes que era indispensable aleccionar en las artes lascivas de la seducción, sin alarmarlas demasiado. Pero las danzas tenían que ser un excitante poderoso para el público de sátiros

al que estaban destinadas y aquellas muchachas tenían que aprender a moverse de la manera más procaz y desvergonzada, sudando la gota gorda el pobre músico para imprimir a sus movimientos y actitudes el desenfado indispensable.

¡Era altamente cómico el verle aleccionarlas imitando torpemente los movimientos indecorosos que habían de realizar!

A ellas debiera haberles alarmado algo aquella manera cínica de interpretar la danza, pero tenían que darse cuenta de que no se trataba precisamente de funciones teatrales dadas en el teatrillo de un colegio de monjas. Iban, indudablemente, a soliviantar, con su aparentado indecoro, a muchos hombres, pero eso no debía importarles gran cosa, mientras ellas permaneciesen puras en su corazón. Y se trataba nada menos que de ganar cincuenta pesos semanales.

Así iba "Chiquita" realizando paulatinamente y sabiamente su obra de corrupción y tendiendo hábilmente las redes en las que aquellas inocentes palomas le habrían de proporcionar cuantiosas ganancias. Tenía razón el periodista que hemos presentado a nuestros lecto-

res para sospechar de las academias de baile.

El baile, en su mayor pureza y, sobre todo, mirado desde el punto de vista de la moral clásica, vive en las puras esferas del arte y merece toda clase de respetos.

Igual puede decirse del baile de los salones, sobre todo si nos referimos a hace medio siglo, cuando los rigodones y lanceros constituían un alarde de gracia en los movimientos y aptitudes sin propensión alguna a la lujuria.

Pero el baile considerado como espectáculo público, la exhibición de bailarinas en un semidesnudo incitante, tendiendo todos sus movimientos, sus gestos y sus actitudes a recordarle al espectador la existencia del sexo y los goces que de él se derivan, bailes de origen oriental, constituyen una depravación que nada tiene que ver con el arte y mucho sí con la pornografía. En tales bailes no se busca precisamente lo bello, sino la sobreexcitación sexual. Las bailarinas no hacen arte, sino que vienen a servir de apéritivo a la prostitución.

Tales bailarinas son dignas de todos nuestros respetos, considerándolas, en general, como desdicha-

das víctimas de la actual organización social que obliga al individuo a ganar la vida con su esfuerzo y reduce las formas de conseguirlo hasta dar origen a tan tristes profesiones. Tales bailarinas son seguramente desdichadas muchachas que se ven forzadas a desempeñar tan triste papel sin sentirlo, molestas y desasosegadas. Pero de su profesión a la prostitución sólo hay un paso y se trata, cuando menos, de una relativa prostitución moral.

Así es que el periodista encontraba en las academias de baile que adiestraban bailarinas en el arte de soliviantar la lujuria de los espectadores para llevárselas luego contratadas muy lejos, motivos muy fundados para sospechar. En tales academias se las pervertía, desde luego, enseñándoles a ellas, generalmente cándidas y pudorosas hasta entonces, a ejecutar movimientos impúdicos para solaz de viciosos. Ya, al menos, se trataba de una verdadera corrupción. Luego era por demás sospechoso el viaje a un país en el que, si existían ciudades populosas y civilizadas, también había extensos territorios propicios a la comisión de toda especie de delitos sin que la autoridad dispusie-

se de suficientes elementos representativos.

Por eso sospechaba el periodista y seguía de cerca los movimientos de las academias de baile. Por eso, cuando "Chiquita" dió por terminado el período de instrucción y decidió emprender el viaje a Buenos Aires, el periodista acudió a la estación a ver partir a las alumnas y procuró interrogarlas.

Antes lo hicieron los agentes de la autoridad, pudiendo comprobar que todos los papeles y la documentación estaban en regla. Todas las muchachas tenían un contrato firmado en forma y avalado con las firmas de sus padres. Aunque se trataba de menores de edad, la autoridad, dada la autorización paterna, aunque sospechase, no podía intervenir. "Chiquita" sabía bien cómo era preciso hacer las cosas.

Inge era la última que subió al tren, cuando ya todas sus compañeras, ocupando las ventanillas del vagón, encuadraban en el marco de sus ventanillas su espléndida belleza ofrendando a los mirones un delicioso cuadro.

El periodista se le acercó pretendiendo interrogarla y ella manifestó sus temores y su azoramiento cre-

yendo que se trataba de un agente de la autoridad.

El periodista se apresuró a tranquilizarla. El era sencillamente un periodista llamado a recoger informaciones para su diario y solicitado por la belleza plástica de aquel cuadro formado por tan bellas señoritas, y le rogaba que le informase de qué se trataba.

Ella le manifestó amable y sonriente que se trataba de una compañía de bailarinas que marchaba a Buenos Aires, contratada para uno de los principales salones de la capital. La presencia del periodista era excelente y produjo agradable impresión en el ánimo de Inge. Además, aquellas preguntas eran para ella como las primicias de su trato con la prensa que debería ser más adelante el vehículo de su celebridad de artista. Para toda persona que aspira a los triunfos escénicos, la prensa es algo respetable mirado con supersticiosa consideración.

Al periodista le había sido también extraordinariamente simpática aquella señorita en la que él temía ver una víctima inocente de las infames maquinaciones de los traficantes en placeres. Su tipo era dis-

tinguido y su belleza tenía un encanto extraordinario. Las pocas palabras que cambiaron contribuyeron a acrecentar la mutua simpatía y en ambos duraría gratamente el recuerdo de aquellos cortos momentos y de la agradable figura del interlocutor.

Sin darse cuenta de ello, ambos

jóvenes se habían influenciado mutuamente de una manera decisiva. En ambos perduraría independientemente de la voluntad y en forma instintiva un recuerdo agradable de aquella efímera entrevista.

El, galante, deseándole mucha suerte, le regaló un amuleto que debía protegerla: "el oso de Berlín".

EL VIAJE POR MAR

En los juveniles años de las alumnas de la academia de baile de "Chiquita", aquel viaje era algo fantástico y rodeado en sus imaginaciones de inmensa trascendencia. Los viajes tienen siempre maravilloso encanto. Ver tierras nuevas, ambientes distintos, costumbres extrañas, gentes desconocidas... Las peripicias del tren, los demás viajeros, las fondas, los trasbordos... Y, por último, como algo definitivo y subli-

me, el mar, el trasatlántico que es una ciudad gigantesca, flotante, llena de comodidades y de refinamiento, lo inquietante de los movimientos que le imprimen las olas, y el final del viaje que se acerca con la apoteosis del triunfo en las tablas y de la retribución espléndida...

Las almas de pajarillo de las jóvenes se encontraban suspensas ante tantas novedades. La de Inge, algo inquieta, pero decidida a afron-

tarlo todo con tal de realizar el fin sagrado que se había propuesto de proporcionarle comodidades a su madre. La de su amiga rubia, impasible, sin darle a nada importancia, segura de sí misma y confiada, creyéndoselo todo, todo cuanto "Chiquita" quería hacerle creer.

Tras del viaje en el tren lleno de nimios e insignificantes accidentes, que constituyen soportables molestias para quien está habituado a los viajes, pero que para ellas revestían la importancia capital de lo nuevo y desconocido, llegaron al puerto de embarque y contemplaron con admiración la mole gigantesca del barco, con infinidad de ventanillas redondas y, por fin, embarcaron y presenciaron la maniobra de desatracar y experimentaron la inquietud que ocasiona a quien por primera vez se embarca, la trepidación general de toda la nave a impulsos de las vibraciones del árbol de la hélice, y comenzaron el viaje en cuyos placeres habían fundamentado todas gratas esperanzas.

Por eso fué grande su desencanto cuando se dieron cuenta de que tales placeres, de los que tanto habían leído en las novelas, estaban reservados para la "señora directo-

ra", mientras que para ellas sólo había trabajos y malos tratos.

"Chiquita" viajaba en primera en un hermoso camarote de lujo, rodeada de comodidades y considerada por todo el mundo como una gran señora, mientras que sus alumnas viajaban en tercera, siempre bajo la vigilante mirada del mamarracho del músico que les hacía ensayar hasta reventarlas de cansancio.

Y no era una mala persona aquel pobre hombre. Ellas, con claro instinto, lo habían comprendido desde el primer momento. Pero él tenía que obedecer las órdenes apremiantes de "Chiquita" y marearlas de continuo haciéndolas ensayar todo el día en maillot, sin poder salir sobre cubierta, agobiadas por el calor tropical, danza que te danza, levantando las piernas, arqueando los brazos, las manos en la nuca, inclinando la cabeza con gesto provocativo y guiñando picarescamente los ojos...

La corrupción, siguiendo un plan parsimonioso, continuaba su camino, pero una vez en el barco, próximo el debut, cuando ya las jóvenes no podían arrepentirse y volverse atrás, la corrupción era más descarada y cínica y los movimientos

que se les enseñaba eran cada momento más provocativos y desvergonzados.

Ellas experimentaban por todo aquello una profunda antipatía, pero se hacían cargo que la crecida retribución a que aspiraban había que ganarla con su descoco, que era lo que se cotizaba. Pero lo que no podían resistir era la exagerada intensidad del trabajo y la transformación de aquel viaje, que habían soñado de placer, en un martirio.

Crecía, pues, el descontento de una manera gradual. El caluroso clima de los trópicos parecía despertar en ellas energías insospechadas. El pobre músico pasaba apuros inverosímiles para hacerse obedecer de aquellas muchachas sobre las que había perdido toda fuerza moral. Y la profesora se veía obligada a intervenir con su carácter duro y enérgico.

Y "Chiquita" abandonaba su lujoso camarote y los placeres del viaje en primera para pasar al departamento de tercera y reñirlas.

Entretanto, ocurrían en otras partes cosas muy interesantes para la trama y el hilo de esta narración.

En Berlín, por fin accedía el director del periódico a los deseos del

periodista y le autorizaba para trasladarse a América por cuenta de la empresa para realizar una información en Buenos Aires sobre la trata de blancas en su relación con las academias de baile de Berlín.

En Buenos Aires, entretanto, el señor Mendoza, dueño de un importante salón de baile, había recibido un telegrama de "Chiquita" anunciándole que llegaría en breve con "ocho bultos" de excelente mercancía y proponiéndole precio.

Las ocho jóvenes incautas servirían para amenizar su salón y para soliviantar a los sátiros que son sus habituales parroquianos. Ya sabía Mendoza que "Chiquita" era excelente profesora y que sus incautas bailarinas llegarían bien adiestradas en todas las artes de la provocación. En su salón despertarían el apetito de los parroquianos y fácil le sería concertar con alguno de ellos la venta de sus cuerpos. Claro es que no podía entregárselos en Buenos Aires, donde la policía vigila de continuo, pero para eso están allí las Pampas, semidesiertas y semisalvajes, en donde toda tropelía puede ser cometida impunemente.

El estaba especializado en tan ho-

rible negocio y conocía bien todos sus resortes y todas las personas consagradas al oficio, en quienes encontraba siempre, mediante la correspondiente participación en las ganancias, los adecuados auxiliares. Todo estaba perfectamente dispuesto para que la infamia triunfase y aquellas desdichadas fuesen fatalmente carne de lupanar.

Precisamente llegó a saludarle y hablar de negocios Maragua, otro de los traficantes especializado en las excursiones a las Pampas, en donde tenía clientela para sus infames transacciones en casi todos sus prostíbulos, y Mendoza le informó de la próxima llegada de "Chiquita" con ocho alemanitas deliciosas.

No debe, pues, extrañarle al lector que en el transcurso del viaje marítimo, mientras "Chiquita" descansaba plácidamente en su lujoso camarote del calor agobiante tropical, y las jóvenes sudaban desesperadamente ensayando bajo la férula del músico risible, recibiese la primera un radiograma urgente que se apresuró a leer.

Maragua le decía concisamente que se quedaba con la mitad de la mercancía pagando por ella doble

precio del ofrecido por la totalidad a Mendoza. Los momentos eran propicios para un excelente negocio y el sinvergüenza aquel se aprovechaba de la indiscreción de su amigo.

Entretanto, las bailarinas protestaban indignadas. No se les había explicado aquello en Berlín. Se les hacía trabajar demasiado con un calor axfixiante y muy mal comidas. El músico no sabía qué hacer y ellas se insubordinaron francamente abandonando la faena y no haciendo caso de él.

Libres ya de ensayos y de la antipática presencia de aquel mamarracho, las jóvenes se reunieron, recordando su querida Alemania, y, a los acordes de una guitarra que más bien parecía una guzla, Inge comenzó a cantar una canción sentimental y romántica impregnada de exquisita sensibilidad.

A sus acordes, aquellas muchachas que hacía un momento se descoyuntaban en contorsiones provocativas e incitantes, se transformaron por completo y sus almitas se impregnaron en los dulces recuerdos de su santa infancia.

Pero el músico, alarmado, fué a avisar a su ama, que acudió reves-

tida de su indomable energía a dominar el conflicto.

No valían contra ella argumentos. Habían firmado un contrato y tenían que cumplirlo, pues ella había arriesgado en el negocio una crecida suma y había gastado en enseñarlas y en pagar los crecidos gastos del viaje. Si continuaban los ensayos, era porque se aproximaba el momento del debut y era indispensable que se luciesen bailando, respondiendo a los esfuerzos hechos hasta entonces y continuados allí. Si se resistían a cumplir sus órdenes, ella se limitaría a entregarlas a la policía al llegar a Buenos Aires por incumplimiento de contrato. Allá ellas.

Pero "Chiquita" había escuchado la canción de Inge y había comprendido que se podía sacar buen partido de las disposiciones musicales de aquella joven.

—¿Tú sabes cantar?—le preguntó.

—Solamente de afición canto algo.

—Pues lo haces muy bien—replicó "Chiquita"—y con ello puedes abrir ante tus futuros pasos brillante porvenir, ya que el canto es

un excelente complemento de la danza.

—¿Cree usted que el cantar puede servirme de algo?

—Naturalmente, muchacha. Sólo hay que saber cantar con arreglo a los gustos del público. Esas canciones sentimentales y románticas están muy bien para un salón aristocrático o para una gira campestre entre amigas, pero al público que paga una localidad y desea divertirse, con el que os habéis de ganar vuestra vida, le agradan canciones de otro género más llenas de picardías y de sugerencias. Para que aprendas, escucha.

Y, dirigiéndose al músico que estaba medio dormido, según su inveterada costumbre, le ordenó imperativamente:

—Tú, acompáñame.

—¿Adónde quiere usted que la acompañe?

—Con la guitarra, idiota.

Y el músico la acompañó con la guitarra y aquella lagartona cantó, aleccionando a la joven, una canción procaz y lúbrica que formaba rudo contraste con la sentimental que pocos momentos antes había entonado Inge.

Continuaba la corrupción de aquellas desdichadas en todos los órdenes y en todas las manifestaciones del arte transformado en "celestina" para engrosar la bolsa de los indignos traficantes.

EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Ciudad cosmopolita en la que predomina, no obstante, imperiosamente el ambiente español con su apasionamiento, con el fuego indomable de sus pasiones, con su violencia y con su ascetismo al mismo tiempo.

Ciudad de dos millones de habitantes rodeada de inmensas extensiones de terreno casi deshabitado que constituye inmensa riqueza explotada de la manera más primitiva, pero que envía sus frutos, sus rentas, su "plata" a la ciudad.

Ciudad republicana con su aristocracia y con su plebe. Con sus barrios selectos y con sus suburbios criminosos, todo junto a las calles

industriales, comerciales y financieras.

En Buenos Aires, como en toda gran capital, agudizado el hecho por el temperamento meridional de sus habitantes, el vicio florece esplendorosamente y la codicia se consagra a su explotación de una manera descarada.

Presentamos a nuestros lectores un salón de baile en donde se congrega la gente alegre, los negociantes de las Pampas que han vendido una importante partida de ganado. Los hijos de los políticos influyentes, los marinos que desembarcan tras de una larga travesía con los bolsillos bien repletos de monedas

y con ansias de gozar de los vicios galantes que la gran ciudad les brinda, los "compadritos" que revolotean alrededor de las artistas enamorándolas con prosaicos fines codiciosos.

Un salón de techos altísimos de los que descienden gráciles columnas, de amplia platea en la que se baila, de pequeños palcos con sus mesitas en los que la parroquia cena y bebe...

En la platea central se exhiben los bailes de conjunto y Mendoza, el avisado empresario, ofrece allí su mercancía femenina a los sátiros libidinosos que saben que pueden alcanzar la realización de sus concupiscentes deseos si saben pagar bien. Todo es cuestión de billete más o menos y, si en Buenos Aires se presentan dificultades, basta alcanzarse de la gran capital en un auto veloz e internarse en las Pampas donde la autoridad no puede ejercer un control eficaz.

Allí también, en la platea central, tras de los bailes ejecutados por las señoritas de conjunto, bailan los espectadores con ellas o con otras entretenidas, no faltando tampoco el "gigoló", consumado bailarín que danza con la señora que lo solicite

a cambio de un estipendio o gratificación.

Salen las bailarinas y tejen con las puntas de sus pies una danza desvergonzada y cínica, mientras alzan las pantorrillas y mueven las caderas cadenciosamente en incesante provocación. Pero los parroquianos habituales se aburren, porque a aquellas chicas ya están cansados de verlas bailar con idénticos ademanes y gestos muchas noches seguidas, y ya se las saben de memoria, las conocen por sus nombres y ya saben muy bien de qué pie cojea cada una.

Por eso Mendoza, que contempla desde un palco el espectáculo, desea vivamente que llegue "Chiquita" con su nuevo cargamento de víctimas, pues su negocio, para poder atender a las apetencias de paladares estragados, necesita como fundamento la variedad y las novedades.

Mendoza pasa a su despacho y poco después un chino de sonrisa expresiva y pícara, que es su criado de confianza y el ejecutor de sus designios más canallas, introduce hasta allí al amigo Maragua.

Este, burlón, se congratula en hacerle saber que ha comprado la mi-

tad de la mercancía que trae "Chiquita" desde Berlín ofreciendo por ella doble precio que el que ella había solicitado para la totalidad a Mendoza, quien lo mira despectivamente y le manifiesta que es un pícaro imbécil que estropea con sus idioteces el negocio.

No le cabe duda al dueño del salón de que es cierto lo que su amigo le ha indicado, deseoso de mortificarle, puesto que le ha mostrado el radiograma en el que la aventurera daba su conformidad a la oferta, de manera que, tras de marcharse el traficante rival, como le interesa grandemente el debut de las ocho señoritas, trama su plan tenebroso y encarga al chino de su ejecución.

El trasatlántico llega por fin a la capital de la república Argentina, y las artistas contratadas por "Chiquita" experimentan la admiración que nace de la contemplación de su inmenso puerto.

Después son trasladadas al salón de baile de Mendoza y son provistas de los trajes con los que inmediatamente deben debutar.

Aquellas señoritas sufren cierto desencanto al verse en aquel lugar y en el saloncillo a ellas destinado, desencanto que se acentúa al ver los

trajes que han de lucir ante el público, aunque, en realidad, lo que lucirán serán las desnudeces que el traje deja al descubierto.

Cuando más confiadas están haciendo sus comentarios, en los que se acentúa el pesimismo en muchos labios, mientras la rubia amiga íntima de Inge se siente optimista y confiada, sufren horrible sobresalto al verse sorprendidas por la inesperada presencia de un hombre.

Pronto se apaciguan, porque aquel hombre es su desdichado profesor de música que acude a aleccionarlas en los momentos últimos inminentes y próximos a su aparición en la gran platea central del salón.

Pero ellas están inquietas y nerviosas con esa nerviosidad que inevitablemente precede a todos los debuts en los artistas y a los exámenes en los estudiantes. Por eso les causa enorme susto la presencia inesperada del profesor, protestando algunas de ellas contra la pésima instalación que dejaba sin cerradura la puerta, pudiendo colarse allí inesperadamente quien quisiera, aunque se encontrasen desnudas.

Se acrecentaba el descontento con dicha nerviosidad, cuando se



Inge desplegó el periódico que recibían gratuitamente...



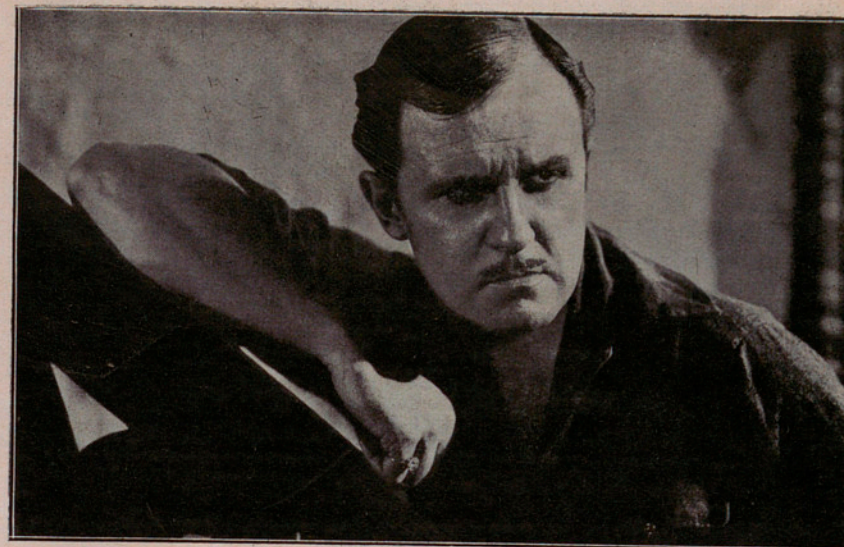
El periodista se le acercó pretendiendo interrogarla.



Sin darse cuenta de ello, ambos jóvenes se habían influenciado de una manera decisiva.



... las hacía ensayar hasta reventarlas de cansancio.



... Maragua, otro de los traficantes especializado en las excursiones... a las Pampas...



Detenida «Chiquita» y llevada a la delegación de policía...



... lloraba desesperada, mientras que el ama la llenaba de improperios...



Estaba vencido Mendoza, no tardando en ser careado con «Chiquita»...



... el cónsul y agentes de policía vestidos de paisano...



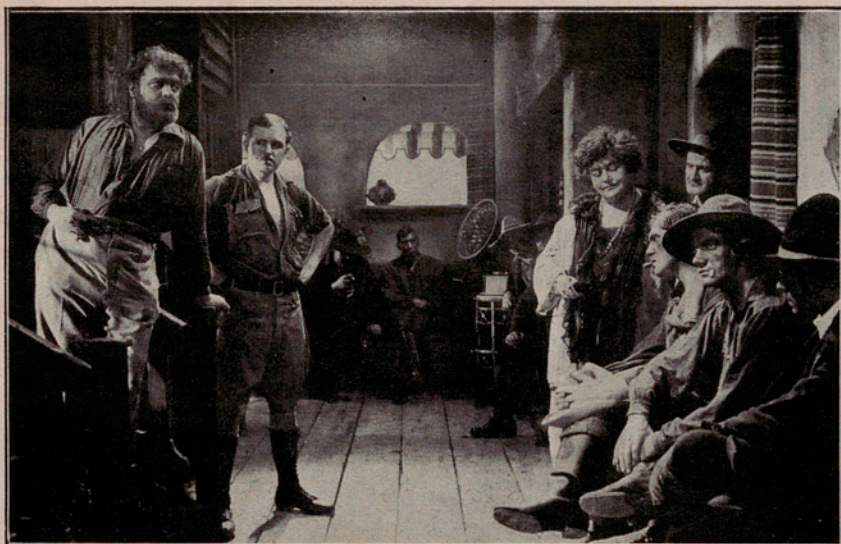
... en complicidad con su amiga...



... le hizo beber un narcótico...



Maragua acudió malhumorado...



En el gran salón del lupanar había muchos hombres esperando:...



... tumbó de un solo golpe certero al infame que intentaba violarla...



... se encontraban ante el cónsul de Alemania en el salón del consulado.



El periodista e Inge se miraron a los ojos llenos de dulce emoción.

M E R C A D O D E M U J E R E S

presentó "Chiquita" que, viendo ya seguramente realizado su negocio, una vez que había logrado llevarlas hasta allí sin tropiezos, arrojaba cínicamente la careta y se presentaba ante ellas cruel y despreciativa.

—Vosotras no tenéis en cuenta— les dice— que no podíais presentaros ante el público desnudas. Y, sin embargo, en el contrato no se dice nada de que corran de mi cuenta los gastos en vestidos. Estos trajes los he pagado yo por vuestra cuenta y ya me debéis el importe de dos semanas de vuestra retribución.

Siguiendo tales procedimientos las pobres no cobrarían un solo céntimo, resultando su contrato un verdadero timo, ya que más adelante serían inventadas nuevas excusas para eludir el compromiso de los cincuenta pesos. Y, sin embargo, estampada su firma en el contrato, avalada por las de sus padres, no tenían más remedio que salir a bailar, si no querían ser detenidas por la policía que se imaginaban ellas que las trataría como a lo que aparentaban ser: mujeres perdidas.

Tienen que salir a bailar al salón, debiendo darse por muy satisfechas con la noticia que les da "Chiquita" de que han sido contra-

tadas por quince días. Pero, antes de salir, tienen que ensayar por última vez bajo la dirección del músico...

Por fin salen, entre la expectación general, y los viejos parroquianos se relamen los labios al ver a aquellas muchachitas que ellos saben bien que son puras e inocentes cazadas con trampa por la lagartona de "Chiquita".

Salen al salón y trenzan la danza que tanto tiempo han tardado en aprender, procurando enardecer con sus movimientos a los brutos que contemplan su trabajo, según la consigna recibida. Bailan y cantan, mientras Mendoza las contempla satisfecho, el público se refocila y "Chiquita" contempla también desde otro palco el espectáculo.

Pero "Chiquita" no podía sospechar lo que se le venía encima. Ella había traicionado en sus intereses a Mendoza en complicidad con Maragua, y este idiota se había apresurado a hacérselo saber al primero para vanagloriarse de su triunfo. Pero Mendoza no podía transigir, sobre todo después de contemplar su trabajo y ver a su público entusiasmado, con que Maragua se

llevase a cuatro de ellas. Era necesario contrarrestar aquel golpe y Mendoza había hablado y combinado su plan con su chino.

La policía había recibido una misteriosa denuncia contra "Chiquita" y la espiaba desde otro palco, interviniendo más tarde para detenerla, acusada por su mismo cómplice, aunque anónimamente, de dedicarse a la trata de blancas.

Detenida "Chiquita" y llevada a la delegación de policía, las ocho señoritas berlinesas quedaban absolutamente desamparadas y Mendoza se brindó generosamente a hacerse cargo de ellas. Así lo hizo presen-

te al profesor de música, haciendo constar que la detención de la directora anulaba el contrato que con ella tenía pactado, pero que él contrataba a las ocho artistas en las mismas condiciones que su antigua empresaria, sólo por quince funciones, dándoles también cincuenta pesos por semana.

En cuanto a él, el profesor, para que no se muriese de hambre, lo tomaba también a su servicio ocupándose en ayudar a los camareros.

Después de aquellos quince días él se preocuparía de buscarles otras contratas, si era que no había sido puesta en libertad aun "Chiquita".

EL PERIODISTA Y LAS PAMPAS

El periodista, tras de obtener la venia de su director, había apresurado su viaje cuanto le había sido posible, llegando a Buenos Aires en otro trasatlántico muy pocos días después que la expedición capitaneada por "Chiquita".

Entusiasta de su profesión, sintiendo intensamente su propia responsabilidad, llegaba animado de extraordinario celo deseoso de dar un golpe de muerte al infame negocio y acuciado a la vez, debemos consignarlo, por el dulce recuerdo de aquella jovencita ingenua y tan bella que había despedido en la estación de Berlín y que contra su propia voluntad se había adueñado tiránicamente de su memoria.

Sin poder evitarlo, su graciosa figura estaba siempre presente ante

sus ojos y su recuerdo, el de su persona, el de su sonrisa, el de su voz, lo tenía siempre en sí mismo constituyendo una verdadera obsesión.

Iban con ella otras siete muchachas seguramente tan interesantes, tan bonitas, tan ingenuas... otras siete que correrían la misma suerte, pero a las otras siete no había hecho más que entreverlas y a ella le había hablado y había podido aspirar todo el delicado perfume de su inocencia, de su ingenuidad.

El había logrado, por fin, que su director autorizase el viaje, y acudía a la gran capital suramericana a cumplir su sagrada misión de periodista consciente y a desenmascarar a los canallas. Pero el recuerdo de aquella expedición tan reciente que él había visto embar-

car en el tren le torturaba, por lo que había apresurado cuanto había podido el viaje.

¿Sería posible que aquellas ocho desgraciadas señoritas de Berlín, villanamente engañadas por una infame mujer, fuesen arrojadas tras de una venta ignominiosa entre los brazos salvajes de un gañán de las Pampas?

Le horrorizaba esta idea, pero, sobre todo, hasta hacerle estremecerse, la idea de que pudiese ocurrirle tal percance a aquella mujercita que tanto le había impresionado y cuyo recuerdo no podía alejar de sí mismo.

Razón que le movió a apresurar su viaje y visitar al cónsul de Alemania en cuanto llegó a la capital, adquiriendo de él terribles informes sobre la indigna y poderosa organización de la trata, con complicidad de personas tan influyentes como canallas y, al mismo tiempo que la noticia de la detención de "Chiquita", la de que era imposible legalmente proceder a la del dueño del salón en donde bailaban sus ocho compatriotas, debiendo consagrar su actividad únicamente a vigilar los acontecimientos para poder velar por ellas.

De las noticias que adquirió del cónsul y por otros conductos, dedujo que la trata concluía siempre en las Pampas, donde la fuerza del gobierno carecía de eficacia y donde todo crimen podía ser cometido impunemente, decidiendo marchar allí a inspeccionar personalmente las circunstancias y recogiendo datos interesantísimos para una información.

De una manera natural y lógica, puesto que todas sus investigaciones se enfocaban precisamente sobre los manejos de "Chiquita", vino así a concentrar sus pesquisas sobre los cómplices ordinarios de ésta y el resultado de su viaje fué conocer un inmundo lupanar situado en medio de aquellas inmensas extensiones de tierras llanas semidesiertas, relacionado íntimamente con Maragua, el íntimo amigo de Mendoza.

Las Pampas son inmensas extensiones de terrenos que son para la América del Sur, aunque en la correspondiente escala, lo que la Mancha es para España. Terrenos llanos en los que apenas se notan ligerísimas pendientes, sin colinas ni barrancos, cubiertos todos de pastos y propicios para la cría de inmen-

sos ganados de reses vacunas. Terrenos que han sido el origen de fortunas inmensas tras de especulaciones tan pintorescas cuanto fantásticas, sacados a subasta por el Estado a precios irrisorios y vendidos incontable número de veces en un mismo día con alzas sucesivas de precio, hasta que un hacendado los ha rodeado de espinos artificiales y los ha dedicado a la ganadería.

Si el lector quiere tener una idea sintética de las Pampas, imagínese rebaños formados por muchos miles de vacas y de toros que viven casi en estado salvaje y que proporcionan cantidades fantásticas de carne de la que no se sabe qué hacer en el país, intentándose venderla en el resto del mundo transportada en vapores frigoríficos.

En medio de esas inmensas llanuras, en las que los campesinos, los ganaderos, los hacendados y los gauchos necesitan recorrer a caballo incontables kilómetros para trasladarse desde un poblado a otro, aprovechando la oportunidad estratégica de un cruce de caminos, existe un miserable burdel.

Inmenso barracón de madera con una amplia sala común en la que

aquellos hombres rudos y semisalvajes, en cuyos pechos hierve mugiente la más primitiva animalidad, se encuentran indolentemente sentados, mientras una vieja obesa, con todo el tipo de innoble "celestina", les va mostrando a uno tras otro la fotografía de una mujer, hasta encontrar quien se decida a comprarla para gozar con ella unas horas de placer.

Con tales hombres tan salvajes, es éste el único procedimiento eficaz, y quien se decide a aceptar la oferta, debe acercarse a la taquilla y pagar por adelantado el precio establecido. Hasta que tales formalidades no han sido llenadas, no es franqueada la entrada a las habitaciones reservadas, pues el público no merece una confianza mayor.

Un bruto cualquiera de aquellos, se decide, se acerca a la taquilla y paga, franqueando más tarde la puerta reservada y siendo encaminado por la vieja furcia a la habitación de aquella mujer representada en la fotografía...

Y aquella triste mujer lo recibe con terrible grito de horror. Una vez más va a ser víctima forzada de la ferocidad brutal del hombre,

una vez más, pobre esclava, ha de sucumbir a sus sucios deseos, desdichadas mujeres víctimas del engaño, que no se venden, sino que son vendidas, y para las que cada conjunción viene a ser una violación horrible.

A este lupanar perdido en las Pampas llegó cierto día el periodista ansioso de informarse y de posesionarse completamente del ambiente.

En un cuarto de aquel inmenso barracón, encerrada por su ama, se encontraba otra de las víctimas de la infame trata, pobre alemana que había sido engañada por "Chiquita" en su expedición anterior y que había caído, naturalmente, entre las redes de Mendoza y Maragua, yendo a parar allí.

Ella se quejaba y lloraba desesperada, mientras que el ama la llenaba de improperios y la maltrataba de obra. Luego, la maldita vieja, registrando los cajones de su mesa, tropezaba con escondido frasquito de cocaína, que había venido a ser para aquella desdichada el último puerto de refugio que le permitía sumirse en la inconsciencia y en la indiferencia más brutal, seguramente aleccionada por alguno

de los parroquianos aficionado a los tóxicos y a los paraísos artificiales que éstos proporcionan.

La vieja, refunfuñando, se apoderó codiciosa del frasquito, diciendo al mismo tiempo:

—¿Cocaína, eh? ¡Maldita seas! No os niego el derecho a mataros y a reventar, pero ha de ser después de que yo me indemnice de los gastos que he hecho, de lo que me habéis costado.

Y se marchó con el alcaloide, quizás dispuesta a sorberlo con deleite.

Cuando llegó, a esto, el periodista, tras de ver las fotografías de las mujeres que había allí disponibles e informarse del ama, eligió a aquella desdichada paisana suya. Pero mientras eran llenados tales trámites, la desdichada joven, presa de la mayor desesperación, sacó de una caja de cerillas escondido y disimulado papel y, tras de disolver su contenido en un vaso de agua, bebió con ansia y decisión la pócima.

Cuando, tras de pagar lo estipulado, entró el periodista en la habitación de su paisana, ésta lo recibió como hacía con cuantos hombres trasponían aquella puerta, con

un gesto de horror y un grito de desesperación.

—No te asustes — le dijo él, hablándole en su lengua natal—. Yo no vengo a lo que los demás, sino a traerte un recuerdo de nuestra patria querida, a procurar ayudarte a salir de esta terrible situación y a procurar que otras no caigan en ella.

—¿Quién te ha dicho que yo soy alemana? Seguramente esa vieja maldita. ¿Dices que vienes a intentar salvarme?... Desdichadamente — añadió con una mezcla de resignación y desconsuelo — es tarde ya, y para mí no hay salvación.

—Yo — continuó él — soy un periodista de Berlín que vengo a realizar una información sobre el inicuo e infame negocio que se fundamenta en vuestra inocencia, traídas aquí con engaños tras de ofrecerlos una contrata de baile...

—¡Oh, la infame "Chiquita" y el canalla Mendoza! — exclamó ella con desesperación.

—"Chiquita" ha traído otra expedición de ocho jóvenes incautas que se encuentran en poder de Mendoza, y yo pretendo salvarlas.

—Aconséjales que huyan, que se escapen, que se libren de esos in-

fames, si no quieren llegar a morir de desesperación, como yo — le manifestó su desdichada interlocutora, impulsivamente.

—Lo malo es — continuó él — que ellas están engañadas por las falaces promesas y no me harán caso, de seguro.

—Tienes razón — manifestó ella con desconsuelo, recordando haber atravesado por las mismas fases del engaño—. Entonces, lo mejor que puedes hacer es hablar con él y tratar de rescatarlas por dinero. Todo lo que se pague es poco para librarlas de estos horrores. Aborda a Urquiza y preséntate como si tú también fueses traficante... El santo y seña que les sirve a ellos para conocerse, es éste...

Y acercando su boca a su oído, con las pocas fuerzas que le quedaban, pronunció la palabra terrible, clave de los misterios de aquellos canallas, silabeando el vocablo castellano:

—¡Fu-e-go!

Después, aquella pobre mujercita, víctima de los efectos de la droga que había ingerido poco antes, cayó en un semisopor. Sus ojos buscaron un cromo antiguo y romántico que adornaba las sórdidas

paredes de su cuarto y que representaba un paisaje alemán.

—La veo, me acuerdo de ella, de mi Alemania, de mi patria — dijo melancólicamente, mientras desfallecía.

Después perdió el sentido, el pulso...

El, que se apresuró a socorrerla, notó con horror que sus venas no latían y, notando allí cerca la existencia de un papel arrugado, se apresuró a examinarlo, viendo con estupor que se trataba de veronal, el terrible veneno que no perdona y

que ella había ingerido en un ansia suprema de liberación.

—¡Es veronal, veronal! — gritó el periodista, estupefacto.

Inmediatamente, reaccionando, corrió hacia la puerta y gritó:

—¡Un médico, un médico!

Desdichadamente era ya tarde. Aquella triste joven había dejado de existir, prefiriendo la muerte al trato indigno a que se encontraba sometida.

El periodista regresó a la capital.

UNA TRAMA INFAME

El periodista regresó a la capital presa de indignación y pánico, heridas todas las fibras de su sensibilidad y hondamente preocupado ante la idea de que aquella muchacha tan interesante y cuyo recuerdo tanto le obsesionaba, pese a su voluntad, pudiese verse en tan terrible situación como su desdichada compatriota, aquella pobre mujer que se había suicidado con veronal en un infame prostíbulo escondido en el centro de las Pampas.

Y precisamente, si Inge corría algún peligro, era aquel sitio el indicado para cuanto contra ella se tramase, ya que se trataba del principal teatro de acción del infame Maragua.

Así es que el periodista, en cuanto regresó a la capital emprendió

activas gestiones para inutilizar a aquellos bandidos, entrevistándose con el cónsul de su país, a quien puso al corriente de cuanto había averiguado y de la horrible tragedia que había conducido al suicidio a una de sus compatriotas.

Entretanto, seguía la triste vida de las bailarinas, obligadas a manifestar un descoco y una desvergüenza que eran incapaces de sentir, para atraer así a los parroquianos y redondear el negocio del infame empresario.

En la literatura manida y cotidiana de gran rotativo, se ha hecho un mito burlesco de la triste vida de la mujer de cabaret. Los reporteros han visto las cosas lastimosamente en forma cómica y nos han hecho el lamentable juego de

manos de transformar las lágrimas en motivo de risa.

Leed las informaciones de las revistas ilustradas rotativas. El fotógrafo ha retratado el interior del cabaret en tal forma que más parece que ha intentado realizar una "reclame" comercial que otra cosa. El escritor procura hacerle sonreír al lector describiendo los tipos pintorescos, cual si la vida fuese sólo un sainete y como si en tales lugares no alentase continuamente una horrible tragedia nacida de la explotación del hambre por la desvergüenza. Toda la información acostumbra reducirse a contarnos que va allí la gente decidida a divertirse y que se aburre horriblemente bebiendo bebidas carísimas y convidando a señoritas que ingieren inocentes pócimas bautizadas pomposamente con el nombre de bebidas caras que ha de pagar la persona que generosamente convida. Hablando de ellas sale siempre a relucir la conseja convencional y manida. Se trata de una desdichada que apenas el ánimo de su interlocutor contando tristezas. Una señorita venida a menos que casi siempre pretende ser huérfana de un coronel de Estado Mayor. El lector

queda plenamente convencido de que tales mujeres son una vulgares simuladoras que se han aprendido todas idéntica historia como consecuencia de una moda absurda...

¿Pero de dónde puede provenir esta coincidencia? ¿Por qué todas las señoritas de cabaret han de contar penas, historias tristes y decadencias con descenso de rango social? ¿No es más lógico, en lugar de burlarse, pensar en que algo debe haber de verdad en todo ello? ¡Cuándo el río suena, agua lleva!

Todas estas desdichadas mujeres arrastradas por la vorágine de la transformación social, ya que no a comerciar con sus cuerpos, o a que comercien con él sus desaprensivos compradores, a vender su fingida complacencia, sus sonrisas, sus insinuaciones, a dejarse ceñir el talle voluptuosamente en las danzas, a dejarse convidar para que la casa gane en la venta de bebidas; a fingir una alegría loca y carnavalesca de bacante y una desaprensión rayana en impúdico abandono; todas estas desdichadas, si en un momento que su candidez cree de sinceridad, cuentan historias tristes, no son simuladoras, sino incautas. La tristeza más honda es la contrapar-

tida de la fingida alegría. El inicuo negocio que con ella se realiza, así como está impregnado de infamia por parte de los explotadores, lo está de tristeza, sufrimiento y dolor por parte de las pobres explotadas.

Así sucedía en aquel salón de baile, en aquel cabaret de Buenos Aires, y las bailarinas alemanas veían pasar los días con el corazón acongojado y asustadizo el ánimo, y eso que las tristes no podían sospechar el porvenir horrible a que habían sido destinadas por aquellos canallas.

Las jóvenes discutían, imperando en sus conversaciones la tristeza y el temor. La única que, siempre optimista, defendía al dueño del salón, era aquella rubia espléndida que tan amiga se había hecho de Inge. Su temperamento y su confianza ilimitada en sí misma le hacían desafiar valientemente todos los peligros y, descartados éstos, encontraba aquella situación aceptable, ya que solamente estaban obligadas a fingir y tenían asegurada la retribución semanal que les había sido ofrecida. Defendía, además, a Mendoza, que, al ser detenida "Chiquita", no las había deja-

do desamparadas en medio del arroyo y les ofrecía buscarles nuevas contratas para el porvenir.

Y seguía su vida monótona y cansada envuelta en una atmósfera repulsiva para sus espíritus acostumbrados a otra moralidad, y continuaban saliendo al centro de la platea para ejecutar sus danzas de conjunto, viendo cómo los espectadores se sentían soliviantados por sus movimientos y actitudes provocativas, y cómo bramaban y relinchaban de lujuria.

El mamarracho del músico, entretanto, adscrito a ayudar a los camareros en su faena, seguía tan tonto como siempre y, respondiendo a su costumbre y a su temperamento, en cuanto se quedaba unos segundos parado en un sitio, se dormía de pie.

Mendoza, acompañado de Maragua, encaminándose a un palco del salón, tropezó con él cuando se encontraba dormido.

—¿Pero para qué te sirve esta calamidad? — le preguntó el segundo.

—Es tan tonto — le contestó el primero — que me va resultando utilísimo.

Siempre ha sido una de las ha-

bilidades de los sinvergüenzas y de los canallas explotar la imbecilidad.

Ambos cómplices llegaron al palco a donde dirigían sus pasos y se sentaron ante una mesa en la que les sirvieron sendas copas, iniciando después animada discusión.

—Una — decía Maragua.

—No, han de ser dos — le replicaba Mendoza.

—Con una tengo bastante.

—Únicamente te cederé un lote de dos.

¿Qué discusión era aquella?

Maragua se había enamorado locamente de Inge. Es decir, enamorado, no. Sería un sacrilegio aplicar tan excelsa palabra para nombrar lo que el canalla de Maragua sentía por la joven. El amor es algo sublime capaz de los más inmensos sacrificios y, por lo tanto, algo absolutamente fuera de la capacidad de tan vil personaje.

Lo que él sentía eran torpes deseos, salvajes deseos, soliviantada su animalidad por la belleza ingenua de la joven, por su misma inocencia, por la gracia infantil de sus movimientos, por la candidez de sus palabras. La deseaba con frenesí y estaba decidido a comprarla y po-

seerla, cualquiera que fuese el precio, y le había propuesto a Mendoza comprársela, aunque no fuese ella de Mendoza ni de nadie, pero puesta por las circunstancias a su disposición.

Mendoza había sido hábil al hacer detener a "Chiquita" y presentarse como generoso protector de las jóvenes. De hecho, y tal como entendían la propiedad aquellos canallas, se había hecho amo de ellas, desbaratando la compra concertada por radio entre la directora de la academia y Maragua, y en condiciones de hacer de las muchachas lo que quisiese gracias a los engaños habituales entre los tratantes de mujeres.

Así es que Maragua, enardecido por sus salvajes deseos, pretendía de Mendoza que le cediese a Inge, y Mendoza, buen comerciante, intentaba colocarle al mismo tiempo otra de las muchachas para realizar doble negocio.

—No necesito más que una — insistía Maragua—. Esa muchacha morena que se llama Inge.

—No puedo cedértela sola, pues he formado un lote con ella y esa otra rubia que es su amiga inseparable.

—¿Y para qué quiero yo la rubia?

—Son dos amigas, casi dos hermanas, y será muy fácil convencerlas de que se ha encontrado para ambas un contrato ventajoso, mientras que una sola tendría miedo seguramente de separarse de sus compañeras y sería muy difícil de vender.

—¿Y cuánto quieres por las dos?

Y comenzó el regateo, el chalanear, cual si se tratase de dos bestias, procurando el comprador el menor precio posible y el vendedor obtener el máximo provecho.

Por fin, se decidió el negocio:

—Me quedo con las dos — dijo Maragua.

Y celebraron el cierre del contrato con un trago.

Después Mendoza le presentó a Maragua a las dos jóvenes, diciéndoles que se trataba de un empresario importantísimo que las había contratado para bailar en sus salones del interior del territorio y que a su lado podrían trabajar una larga temporada y aspirar para más tarde a contratas aun más ventajosas. A las otras seis ya les buscaría también otras contratas convenientes, ya que estaba decidido a protegerlas.

Inge lloraba, asustada.

—¡No llores! — le decía imperativamente su amiga rubia. Su optimismo y su confianza la reconfortaron, y ambas se conformaron con su suerte y fundamentaron en ella risueñas esperanzas para el porvenir.

EL PLAN DEL PERIODISTA

El periodista, profundamente preocupado por el drama que había presenciado en un prostíbulo de las Pampas, regresado a Buenos Aires se entrevistó con el cónsul de Alemania, poniéndole en antecedentes y pidiéndole su ayuda.

De las confesiones de aquella alemanita que, próxima a la muerte y sin temer ya a nada, se había espontaneado con él, resultaba que Mendoza, entre cuyas manos se encontraba la suerte de sus ocho compatriotas, era un infame tratante de blancas proveedor de los prostíbulos de las grandes llanuras, en donde aquellas desdichadas mujeres eran obligadas a la fuerza a entregarse a los sátiros que pagaban al ama el estipendio convenido.

Pero el cónsul le hizo observar

que no bastaba su testimonio para hacer detener a un industrial acreditado cuyo negocio aparente era perfectamente lícito.

El periodista le habló del santo y seña y, entonces, el cónsul le propuso que, fingiéndose a su vez tratante de blancas, simulase con Mendoza un negocio de aquella naturaleza.

—Si consigue usted que tome dinero a cuenta — le dijo —, podremos hacerlo detener y encargarnos de sus muchachas alemanas.

Entonces el periodista trazó su plan decidido y valiente, sin ocultársele los peligros que podía correr, ya que sabía bien que aquella gente sin conciencia no retrocedía ante ningún crimen.

Buena prueba de ello podemos

dar a los lectores presentándoles una escena que ocurría simultáneamente en la Delegación de policía.

El delegado interrogaba a "Chiquita", que iba ya dándose cuenta de la jugada de Mendoza, y no tenía reparo en acusarle. Pero el chino, adicto incondicional al empresario, vigilaba cuidadosamente desde el exterior a través de la ventana abierta.

La declaración de aquella mujer no era, ni mucho menos, el disemascaramiento completo de aquel canalla, pero en sus frases se mezclaron insinuaciones capaces de poner a la policía sobre el buen camino.

Y, raudo, cruzó silbante el aire un cuchillo que fué a clavarse en la puerta, junto a la declarante, casi rozando su cuerpo. El chino había intentado asesinarla con su habilidad característica para arrojar el cuchillo, y sólo un milagro había salvado la vida de "Chiquita".

Cuando los guardias salieron al exterior y realizaron un reconocimiento por los alrededores, el chino había desaparecido.

Aunque el periodista no ignoraba tales procedimientos, movido por lo que él consideraba su deber

profesional y, además, por el amor que en forma larvada e imprecisa, experimentaba por la joven Inge, se decidió a actuar en el sentido convenido con el cónsul, y aquella noche se dirigió al cabaret, sentándose en un palco.

En otro, próximo a la entrada que conducía al interior del establecimiento, tomaron asiento el cónsul, el jefe de policía y varios agentes, todos vestidos de paisano.

El periodista les dió la consigna, no sólo para poder sorprender a Mendoza en el momento de haber recibido el dinero por la compra de las jóvenes, sino, también, para poder salvaguardar su vida de las asechanzas y peligros que con aquella gente eran de temer.

—En cuanto oigan ustedes un disparo en el interior, entren rápidamente—les dijo.

El baile continuaba con los gestos lúbricos, con la sobreexcitación de los espectadores, con la tristeza inmensa de las pobres artistas...

Inge salió en traje de *soirée* y cantó aquella canción obscena y lujuriosa que le había enseñado en el barco "Chiquita". El periodista sufría lo indecible, firmemente convencido de que ella era

pura e incapaz de cantar aquello si no era por la imposición tiránica del empresario. El mismo consul, los mismos policías, sospechando que se trataba de una explotación inicua, se sentían molestos...

Mientras cantaba Inge aquella canción, se acordó de su madre, cuya figura se le apareció como una visión, transformado el cabaret por el ensueño en el querido y honrado hogar...

Cuando las fuerzas le faltaban, aquella visión, aquel recuerdo, le dieron fuerzas para seguir fingiendo, para seguir luchando, al recordarle la santa finalidad de su aventura. Con aquellos trabajos que tanto le repugnaban, y con otros análogos que realizaría en su nueva contrata, lograría reunir un buen puñado de pesos y regresar a su querido Berlín, y su pobre madre la abrazaría gozosa y ella podría entregarle sus ganancias, que tanta falta estaban haciendo en aquel mísero hogar...

Las otras siete bailarinas, terminado su trabajo y mientras Inge cantaba, intentaron retirarse, pero Mendoza no podía consentirlo, recordándoles que el contrato las obligaba a permanecer en el local

hasta que terminase el espectáculo alternando con los parroquianos para hacerles beber. La explotación de estas pobres mujeres es así de inicua en todas partes.

El periodista no podía esperar más, y acercándose a Mendoza, pronunció en sus oídos bien articulada la consigna, el santo y seña, la palabra "fuego".

Mendoza quedó sorprendido al escucharla. ¿Quién era aquel desconocido de acento extranjero que sabía la consigna? Pero no había motivo para dudar, ya que la consigna era guardada sigilosamente por todos los iniciados como salvaguarda de su infame negocio. Cualquiera que fuese capaz de darla a conocer a los enemigos, sobre estropear el negocio, sabía bien que pagaría con la vida su traición. Así, pues, se trataba de un compinche, otro traficante en carne de mujer que se le presentaba para tratar de negocios. Amablemente le invitó a entrar en su despacho.

Allí, mientras el chino vigilaba con disimulo y astucia, el periodista y Mendoza hablaron.

—Se trata — manifestó el alemán — de que me interesaría comprarle a usted las ocho bailarinas.

—No comprendo — le contestó Mendoza, algo escamado — para qué puede usted necesitar comprarme todo el baile.

—Tengo una localidad minera — le contestó el periodista — en la que dispongo de muchos millares de hombres hambrientos de carne de mujer y necesito mercancía en abundancia.

—Desdichadamente — le contestó Mendoza — ya he vendido a dos.

—Le doy a usted doce mil pesos por las ocho.

—Ya le he dicho que he vendido a dos.

—Puede usted indemnizar al comprador, o podemos engañarlo.

—Es difícil...

—Por cuestión de pesos no ha de quedar — insistió el periodista, deslumbrando al tratante con la exhibición de un fajo de billetes.

—Veremos lo que se puede hacer.

—¿Cuáles son las dos que ha vendido usted?

—Dos amigas íntimas que son como dos hermanas.

—¿Pudiera verlas?

—Haré pasar a una de ellas.

Y Mendoza hizo que entrase Inge, dejando con ella a solas al periodista, atendiendo a sus indicaciones.

EL DESARROLLO DEL PLAN

Cuando el periodista se vió a solas con Inge, que le miraba asustada, temerosa de todo; tras de experimentar un gran sobresalto al ver que era ella, precisamente ella, que tanto le interesaba, una de las dos que habían sido ya vendidas, procuró tranquilizarla, diciéndole:

—No tema usted nada, señorita. Quiero ayudarla a usted y a sus compañeras.

—No me mire usted como a un desconocido. ¿No se acuerda de mí? Soy aquel periodista que la despidió en la estación de Berlín y le regaló un talismán.

—¿Usted? — preguntó ella—. ¿Y cómo es que vuelvo a encontrarlo aquí?

—Vengo siguiéndolas a ustedes

para protegerlas, encargado por mi periódico de realizar una información sobre la trata de blancas. Tengo pruebas de que han caído ustedes entre las manos de infames comerciantes en carne de mujer, pero no teman, porque aquí estoy yo para protegerlas.

—¡Tengo miedo! — se quejó, temblorosa, Inge.

—No tema nada y reaccione. Yo le aseguro que no le pasará nada, pero hay que cazar a esos infames, convictos y confesos de sus crímenes. Advierta a sus compañeras para que desconfíen y estén siempre sobre aviso y tengan todas confianza en mí y en las autoridades, que las protegeremos oportunamente.

La pobre joven se marchó muy

asustada, toda temblorosa. Sus sospechas eran confirmadas por las palabras de aquel hombre. De aquel hombre que ya le había sido tan simpático en Berlín y que se lo volvía a encontrar en Buenos Aires, habiendo ido allí precisamente a protegerlas. La figura del periodista adquiría ante sus ojos gran realce y sentía hacia él un inmenso agradecimiento que, al sumarse con la gran simpatía que había despertado en ella su físico desde el primer momento, podía muy bien evolucionar hacia el amor...

Pero esto es sencillamente una apreciación nuestra, sin que ella, completamente aturdida por la revelación, se parase a pensar gran cosa en el periodista, ni a analizar sus simpatías íntimas...

Inge habló con sus compañeras, contándoles la conversación que había tenido con su compatriota, causándoles gran susto e inquietud. Sólo la rubia, su íntima amiga, incrédula por su temperamento optimista, no le hizo caso y se rió de ella.

Y llegaba a tanto su confianza, su buena fe, su obcecación, que le habló de ello a Mendoza, enterándole de que el pretendido comprador era un periodista alemán que

estaba chiflado con las historias y fantasías de la trata de blancas y se esforzaba en armar líos hablándoles a las muchachas y contándoles mil patrañas y cuentos absurdos.

—Ya ve usted — le decía—. ¡Tan bueno como es usted para nosotras! Y ese periodista, con su imaginación calenturienta, trata de indisponernos con usted. Seguramente querría que regresásemos a Alemania a morirnos de hambre, en vez de podernos ganar aquí buenos pesos a cambio de unas sonrisas sin importancia y unos gestos de burla que estos papanatas se imaginan que son de apasionamiento.

Mendoza, enterado del anzuelo que le querían hacer morder, tomó sus medidas y previno a su chino incondicional. ¡De él no se burlaba nadie, y menos hombre tan torpe como aquel periodista! Todo lo que lograría tratando de interponerse en su camino, sería dejar en su poder su dinero y su vida. ¡Tantos dineros como había robado él y tantas vidas como había sacrificado impunemente! ¡Para algo tenía a su lado a aquel chino que era su "alma condenada", su incondicio-

nalmente adicto, capaz de matar, sin el menor remordimiento y sin dejar rastros comprometedores, a quien él le indicase!

Así, cuando el periodista se entrevistó de nuevo con el empresario, provisto de abundantes fajos de billetes que trataba de hacerle tomar, debidamente contraseñados para que sirviesen de prueba fehaciente ante la policía y los Tribunales, ya tenía Mendoza tomadas sus medidas con la complicidad del chino.

Este había salido al salón y dado sus oportunas instrucciones a la orquesta:

—Cuando se encienda esta luz— les dijo — tocad con todas vuestras fuerzas, con todos vuestros pulmones, haciendo un estrépito horrible.

Así contaban los dos cómplices que no sería oída desde el salón del cabaret la lucha que pensaban sostener con el periodista para arrebatarse sus billetes y su vida, confiados en la fuerza de Mendoza y en la agilidad del chino, dos contra uno y por sorpresa, ya que el periodista no podía sospechar que eran conocidos sus planes y su personalidad.

LUCHA A MUERTE

Se entrevistaron de nuevo el periodista y Mendoza en el despacho de este último, a dos pasos del salón del cabaret, sin temor alguno por parte del primero, que sabía que a pocos pasos estaba la policía dispuesta a guardarle las espaldas y a acudir en cuanto oyera el disparo de su revólver.

Se trataba de cosa que a él le parecía muy fácil. De que el traficante aceptase sus fajos de billetes contraseñados a cambio de la venta de las jóvenes. En sus manos brillaron los billetes tentadores que Mendoza contempló con codicia, esperando que pronto serían suyos, sin necesidad de entregarle las jóvenes, pagando al mismo tiempo aquel entrometido su osadía, igno-

rante de que la policía vigilaba cerca.

¿Quién triunfaría de los dos? ¿Podría la policía intervenir eficazmente? Era indudable que lo haría si el periodista disparaba, pero... ¿podría éste hacerlo? En lucha con los dos, y dada la agilidad del chino, aunque los dos cómplices no pudiesen sospechar que el disparo era una señal, evidentemente tratarían de evitar que disparara, al intentar hacerlo, en su concepto, para defenderse.

Los fajos de billetes lucían tentadores, y Mendoza fingía regatear, sin que el alemán manifestase mucho empeño en escatimar su número. Hasta que el infame traficante pudo ver con el rabillo del ojo que

el chino se encontraba estratégicamente situado a la espalda del periodista dispuesto a saltar felinamente sobre él, y agarrando los billetes con descaro, se los guardó tranquila y desafiadoramente en el bolsillo, disponiéndose a resistir la agresión de su adversario.

Este trató de requerir su arma, pero el chino, tras de haber apretado el botón que encendía la luz de la orquesta, mientras ésta escandalizaba el salón sin que fuese posible en éste que se oyese el estrépito de la lucha, saltó con la agilidad del gato sobre los hombros de su contendiente, imposibilitándole de todo movimiento, y ambos rodaron violentamente por el suelo, secundado el chino por su amo y moliendo entre los dos a puñetazos al pobre alemán, que, no obstante, se defendía bravamente, encontrándose en ocasiones a punto de vencer, tras de magníficos directos recibidos por sus adversarios en plena mandíbula.

Sus gritos, el ruido de la lucha, todo era ahogado por el estrépito de la orquesta, que parecía haber enloquecido, entusiasmado al público. El periodista comprendió la estratagema y vio claramente que,

por mucho que gritase, no se darían cuenta de nada en el salón, intentando sacar su revólver y hacer el disparo convenido como señal con el cónsul y la policía. Pero, una vez el revólver en su mano, el chino le agarró la muñeca y se la retorció dolorosamente hasta hacerle soltar el arma, que cayó al suelo, mientras continuaba la lucha encarnizada y feroz.

Rodaban los tres por el suelo propinándose golpes terribles, llevando, naturalmente, las de perder el alemán, que recibía golpes de dos y tenía que distribuir entre dos los suyos. Los dos cómplices trataban de vencerle a puñetazos, hasta hacerle perder el sentido, para poderlo luego rematar sin necesidad de un derramamiento escandaloso de sangre en aquel lugar tan próximo al salón y fácilmente accesible.

Seguía la lucha, y ya estaba el pobre periodista casi vencido, casi fuera de combate, cuando se presentó en el despacho el profesor de música, que entró, como de costumbre, medio dormido, deambulando como un sonámbulo, sin enterarse de nada, fuera completamente de este mundo.

Su sorpresa fué grande al ver a aquellos hombres, que su somnolencia le impedía reconocer fácilmente, revolcándose en el suelo en lucha desesperada, pero sus ideas seguían turbias y le parecía que soñaba. Su mirada cayó sobre el revólver abandonado sobre el pavimento, y sin darse cuenta de lo que hacía, automáticamente, como ejecutamos todas las acciones que soñamos, se inclinó, recogiendo.

Ni los gritos, los golpes y el estruendo de la música eran capaces de acabar de despertarlo. Desde que se encontraba detenida "Chiquita", la única persona que le inspiraba un miedo horrible, dormía su sueño perpetuo, que nada era capaz de disipar. Seguramente soñó, revólver en mano, cosas heroicas y, de manera automática, sin saber lo que hacía, apretó el gatillo y el disparo salió...

Sonó el disparo, rotundo, sono-

ro, dominador del escándalo del jazz, sorprendiendo a los tres hombres que luchaban, alarmando al público y poniendo en movimiento a la policía y al cónsul. Hasta el mismo músico se despertó sobresaltado, maravillándose de encontrarse allí con un revólver humeante en su mano, mientras los contendientes se incorporaban...

Pero entró la policía empuñando sus pistolas, y, mientras el periodista se tambaleaba, completamente "groggy", sus dos adversarios fueron reducidos a la obediencia, las manos en alto, recuperados los billetes, asegurado el golpe.

No sólo quedaba demostrado que Mendoza se dedicaba a la trata de blancas y vendía sus bailarinas a quien pretendía comprárselas, sino también que intentaba asesinar al comprador en complicidad con su chino y con la orquesta escandalosa...

LA ULTIMA COMPLICACION

Estaba vencido Mendoza, el cual no tardaría en ser careado con "Chiquita", que, enterada de que había intentado hacerla asesinar por el chino, acumularía sobre él enormes culpabilidades. Ya era sencillamente un candidato a presidio; pero el hombre era vengativo y se dió la satisfacción de amargarle el triunfo al periodista, anunciándole:

—Pero dos han volado ya y no conseguirás rescatarlas.

Efectivamente, mientras ocurrían las emocionantes escenas que hemos narrado, la rubia se había franqueado, cándida e inocentemente, con Maragua, quien, convencido de que Inge, prevenida por el periodista, no consentiría en seguirle, en complicidad con su amiga la hizo

beber un narcótico y huyó con ambas en un automóvil en los preciosos momentos en que el periodista luchaba a brazo partido con sus dos adversarios.

Huyó raptando a la mujer que tanto deseaba camino de las Pampas, confiado en que nadie podría encontrarlo en la intensidad de las llanuras, llevándose al mismo tiempo a la rubia alemana que vendería a buen precio en el burdel de su amiga, haciendo cotizar bien su belleza y, sobre todo, su inocencia apetitosa.

Cuando el periodista se enteró de que había sido raptada precisamente aquella mujer que ya constituía para él una amorosa obsesión, no reconoció límites su rabia y se

apresuró a obrar con toda energía y decisión.

Afortunadamente pudo enterarse de que había sido raptada por Maragua, y él sabía bien que éste tenía su cómplice principal en aquella odiosa explotadora de mujeres que él había conocido. Y se encaminó velozmente en su persecución.

Maragua llegó con las dos mujeres que arrastraba al inmundo barracón de madera que ya conocemos y, tras de entregar aquella rubia espléndida a la encargada de la explotación del lupanar, se encerró en una habitación con Inge, que comenzaba a volver en sí.

En el gran salón del lupanar había muchos hombres esperando: gauchos, estancieros, colonos, indios, campesinos incultos y brutales, hambrientos de goces carnales...

El ama se apresuró a hacer circular entre ellos la fotografía de la espléndida rubia alemana. Era una mujer excepcional que les soliviantaba a todos, que encendía los más apasionados deseos.

Todos la apetecían ferozmente, pero era muy cara. Había que pensar en todo y, al fin y al cabo, se trataba únicamente de un efímero rato de placer

que costaba una enormidad de pesos. Así es que todos contemplaban el retrato relamiéndose de gusto, pero lo dejaban pasar sin decidirse a levantarse y acercarse a la taquilla...

Hasta que le llegó su turno a uno...

Era un muchachote, un hombrón lleno de vida, que acababa de vender una importante partida de ganado, disponiendo de plata en abundancia. Se decidió, se acercó a la taquilla y pagó. Luego el ama lo condujo hacia la estancia de la rubia...

Fué para ella una sorpresa atroz y se resistió valiente, desafiadora, brava.

El mozo no podía con ella y tuvo necesidad de llamar al ama. Esta, naturalmente, fué también incapaz de convencerla y hacerle entrar — como decía ella — en razón. Y fué necesario, en definitiva, recurrir a Maragua, que intentaba vanamente hacerse querer por Inge.

Maragua acudió, malhumorado, y como suprema razón, puso un bastón entre las manos de la vieja. A palos se la convencería, quisiera o no. Si ella no podía dominarla, que entregase el palo a él, al que

la había comprado, y podría así darse el placer de poseerla a la fuerza, tras de apalearla. Aquel mozallón alzó los hombros con sonrisa idiota.

Y Maragua volvió junto a Inge, tratando de inspirarle amor por las buenas, recurriendo a cuantos recursos engañosos le sugería su torpe imaginación.

El gañán se encerró con la rubia bastón en mano, dispuesto a gozar de sádico placer, a obligarla por las buenas o por las malas a satisfacer su lujuria, pero aquella muchacha, aunque inexperta, confiada y optimista, tenía razón para poner una ilimitada confianza en sí misma. En la sala se escuchó un grito horrible de mujer que procedía del exterior, y todos aquellos hombres salieron espoleados por la curiosidad. La rubia, huyendo de aquel sátiro forzado, había logrado librarse de él y librarse de todas las infamias de este mundo poniendo fin a su vida arrojándose por la ventana. Todos rodearon respetuosamente, emocionados, el cadáver.

Entretanto, Maragua, no logrando resultados con la persuasión, pretendía emplear también la fuerza, y luchaba a brazo partido con

Inge, que se defendía como una fiera, abofeteándole.

Sin embargo, no podría resistir mucho tiempo. El era mucho más fuerte que ella y la asediaba. La situación era horriblemente crítica.

Pero en esto llegó el automóvil que conducía el periodista, quien, tras de hacer que fuese recogido el cadáver de su rubia compatriota, al escuchar los gritos que lanzaba Inge se precipitó a su habitación y tumbó de un solo golpe certero al infame que intentaba violarla...

.

Poco después, se encontraban ante el cónsul de Alemania, en un salón del Consulado, las siete supervivientes de la triste aventura, y con ellas y el cónsul el periodista que tanto había contribuido a salvarlas, realizando, al mismo tiempo, una información interesantísima para su periódico. También se encontraba allí presente, medio dormido, el profesor de música.

El cónsul les pronunció un breve discurso, anunciándoles que emprenderían al día siguiente su regreso a la patria por cuenta del Gobierno alemán, condoliéndose de que una de ellas no pudiese regresar, pero consolándose ante la idea

de que su sacrificio no había sido estéril y, sobre permitir castigar ejemplarmente a los culpables, serviría de lección para evitar tan terrible desgracia a otras muchas jóvenes.

El profesor de música, ante tan emocionantes palabras, casi consiguió salir de su modorra.

Todos lo miraban con simpatía, pues todas ellas habían podido darse cuenta de que era un pobre infeliz y una excelente persona y, además, todos sabían que su disparo hecho en estado de sonambulismo había resuelto la situación y salvado, indudablemente, la vida del reportero berlinés.

Así es que todos escucharon con simpatía sus quejumbrosas palabras pidiéndole al cónsul que le proporcionase algún trabajo, fuese como músico o como profesor de baile.

El cónsul le miró de arriba abajo: primero el torso, después las piernas. Sus pantalones estaban arrugados y parecían un estirado acordeón, terminando en unos pies risibles. ¡Valientes piernas para pretender enseñar a bailar! Todos sonreían. Pero el pobre hombre ten-

día su colocación. Ya se encargaría el cónsul...

Pero aquella despedida oficial tuvo su culminación en una nota sentimental que llenó de inefable satisfacción dos pechos generosos. El periodista le manifestó al cónsul que esperaba que les permitiera a él y a Inge viajar juntos: constituirse él en su guardián y protector durante el viaje. De él no podía sospecharse que estuviese complicado en la trata de blancas, y bien se le podía confiar el cuidado de una señorita...

Todos sonreían. Aquella aventura, que tan trágico cariz presentó en algunos momentos, iba a terminar en boda.

El periodista e Inge se miraron a los ojos llenos ambos de dulce emoción. De algo había servido el talismán, "el oso de Berlín". Terminaba felizmente la loca aventura emprendida por ella. Terminaba felizmente la audaz aventura emprendida por él. Y ambas aventuras se complementaban con una deliciosa boda.

La madre de Inge, aquella desdichada viejecita que tanto había llorado desde que se le escapó su hija

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

a América, volvería a encontrarla muy pronto, y con ella otro hijo más.

La pobre anciana ya no pasaría más hambres, más penurias. El esposo de su hija, tras de salvarla y

rescatar su honra, tras de traérsela de nuevo a su hogar, atendería a todas las necesidades de la familia con su paga tan bien ganada con su perspicaz sentido del periodismo moderno.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|--------------------------------------|------------------------------------|--|--|
| La viuda alegre | ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! | Du Barry, mujer de pasión. | Milicia de paz. |
| El gran desfile. | Sombras blancas. | La viuda alegre (edición popular). | Amores de medianoche. |
| Miguel Strogoff o el Correo del Zar. | La copia andaluza. | Ángeles del infierno. | Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular). |
| La princesa que supo amar. | Los cosacos. | Cuerpo y alma. | La hermana San Sulpicio. |
| El coche número 13. | Icaros. | El impostor. | El demonio y la carne (edición popular). |
| Sin familia. | El conde de Montecristo. | Esposa a medias. | Los cuervos de la Virgen. |
| Mare Nostrum. | Virgenes modernas. | Esclavas de la moda. | Pereja de baile. |
| Nantás, el hombre que se vendió. | El pagano de Tahiti. | Petit Café. | Alma libre. |
| Cobra. | Estrellas dichosas. | Hay que casar al principio. | Al Capone (Pánico en Chicago). |
| El fin de Montecarlo. | La senda del 98. | Inspiración. | El último amor. |
| Vida bohemia. | Esto es el cielo. | El proceso de Mary Dugan. | Muchachas de uniforme. |
| Zazá. | Espejismos. | En cada puerto un amor. | Marido y mujer. |
| ¡Adiós, juventud! | Evangelina. | Marruecos. | Mata-Hari. |
| El judío errante. | Orquídeas salvajes. | ¿Conoces a tu mujer? | Congorilla (fuera de serie). |
| La mujer desnuda. | El caballero. | El millón. | Carceleras. |
| La tía Ramona. | Egoísmo. | La mujer X. | Erase una vez un vals. |
| Casanova. | La máscara del diablo. | Gente alegre. | Hombres en mi vida. |
| Hotel Imperial. | El pan nuestro de cada día. | Mar de fondo. | Niebla. |
| Don Juan, el bugiador de Sevilla. | Vieja hidalguía. | La llama sagrada. | Rebeca. |
| Noche nupcial. | Poseción. | La fruta amarga. | Indeseable. |
| El séptimo cielo. | Tentación. | La ley del harén. | Tarzan de los monos. |
| Beau Geste. | La pecadora. | Vidas truncadas. | El terror del hampa. |
| Los vencedores del fuego. | El beso. | La fiera del mar. | La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks. |
| La mariposa de oro. | Ella se va a la guerra. | Tabú. | Chica bien. |
| Ben-Hur. | Los hijos de nadie. | El pasado acusa. | Recién casados. |
| El demonio y la carne. | El pescador de perlas. | Papá piernas largas. | Champ (El campeón). |
| La castellana del Líbano. | Santa Isabel de Ceres. | Trader Horn. | La zarpa del jaguar. |
| La tierra de todos. | Las dos huérfanas. | Un yanqui en la corte del rey Arturo. | Los amores de José Mo- |
| Tripoli. | La canción de la estepa. | El código penal. | rica (fuera de serie). |
| El rey de reyes. | El precio de un beso. | La pura verdad. | El caballero de la noche. |
| La ciudad castigada. | La rapsodia del recuerdo. | Maternidad, o el derecho la vida (fuera de serie). | Arsène Lupin. |
| Sangre y arena. | Delikatessen. | Carbón (La tragedia de la mina). | La dama del 13. |
| Águilas triunfantes. | Del mismo barro. | Estudiantina. | Amor en venta. |
| El sargento Malacara. | Estrellados. | Las peripecias de Skippy. | El pecado de Madellón. |
| El capitán Sorrell. | Cuatro de infantería. | ¡Qué viudita! | Claudet. |
| El jardín del edén. | Olimpia. | El camino de la vida. | La casa de los muertos. |
| La princesa mártir. | Monsieur Sans-Gêne. | Noches de Viena. | Titanes del cielo. |
| Ramona. | Sombras de gloria. | Mamá. | El proceso Dreyfus. |
| Dos amantes. | Mamba. | Eran trece. | La vida de un gran artista. |
| El príncipe estudiante. | Ladrón de amor. | Cheri-Bibi. | El último varón sobre la Tierra. |
| Ana Karenine. | Molly (la gran parada). | Bésame otra vez. | Fantomas. |
| El destino de la carne. | El valiente. | Camarotes de lujo. | Violetas imperiales. |
| La mujer divina. | ¡De frente... marchen! | Los hijos de la calle. | Soy un fugitivo. |
| Alas. | Prim. | La divorciada. | Teresita. |
| Cuatro hijos. | El presidio. | Madame Satán. | La película de las estrellas. |
| El carnaval de Venecia. | Romance. | ¿Cuándo te suicidas? | Grand Hotel (fuera de serie). |
| El ángel de la calle. | El gran charco. | Marianita. | Hollywood al desnudo. |
| La última cita. | Tempestad. | El carnet amarillo. | Sangre roja. |
| El enemigo. | El dios del mar. | Honrarás a tu madre. | Emma. |
| Amantes. | Anne Christie. | Su última noche. | Primavera en otoño. |
| Moulin Rouge. | Sevilla de mis amores. | Las alegres chicas de Viena. | El hijo del destino. |
| La bailarina de la Opera. | Horizontes nuevos. | ¡Viva la libertad! | Ella o ninguna. |
| Ben Alf. | Ben-Hur (edición popular). | Malvada. | El enemigo en la sangre. |
| Los cuatro diablos. | La incorregible. | El temiente del amor. | El azul del cielo. |
| ¡Río, payaso, río! | El malo. | Deliciosa. | El monstruo de la ciudad. |
| Volga, Volga. | El pavo real. | Cielo robado. | El hombre que se reía del amor. |
| La sinfonía patética. | Bajo los techos de París. | Amargo idilio. | Susan Lenox. |
| Un cierto muchacho. | Wu-li-chang. | Honor entre amantes. | |
| ¡Nostalgia! | Montecarlo. | Para alcanzar la luna. | |
| La ruta de Singapore. | Camino del infierno. | El hombre que asesinó. | |
| La actriz. | ¡Mío serás! | ¡Ríndase! | |
| Mister Wu. | ¡Aleluya! | La calle. | |
| Renacer. | La mujer que amamos. | El prófugo. | |
| El despertar. | Al compás de 3/4. | | |
| Las tres pasiones. | La princesa se enamora. | | |
| La melodía del amor. | Amanecer de amor. | | |
| Cristina, la Holandesa. | El gran desfile (edición popular). | | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

La emocionante novela
MANOS CULPABLES

por KAY FRANCIS, LIONEL BARRY-
MORE, MADGE EVANS, etc.

En preparación:

LA PRINCESA SE DIVIERTE

Deliciosa opereta, interpretada por
MARTA EGGERTH.

LA MANO ASESINA

Emocionante asunto, interpretado por
BEN LYON y B. WEEKS.

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de

Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MÁSCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, Liana Haid, etc.
Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.
Precio: 50 céntimos

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 220 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

E. B.

Precio: Una peseta